

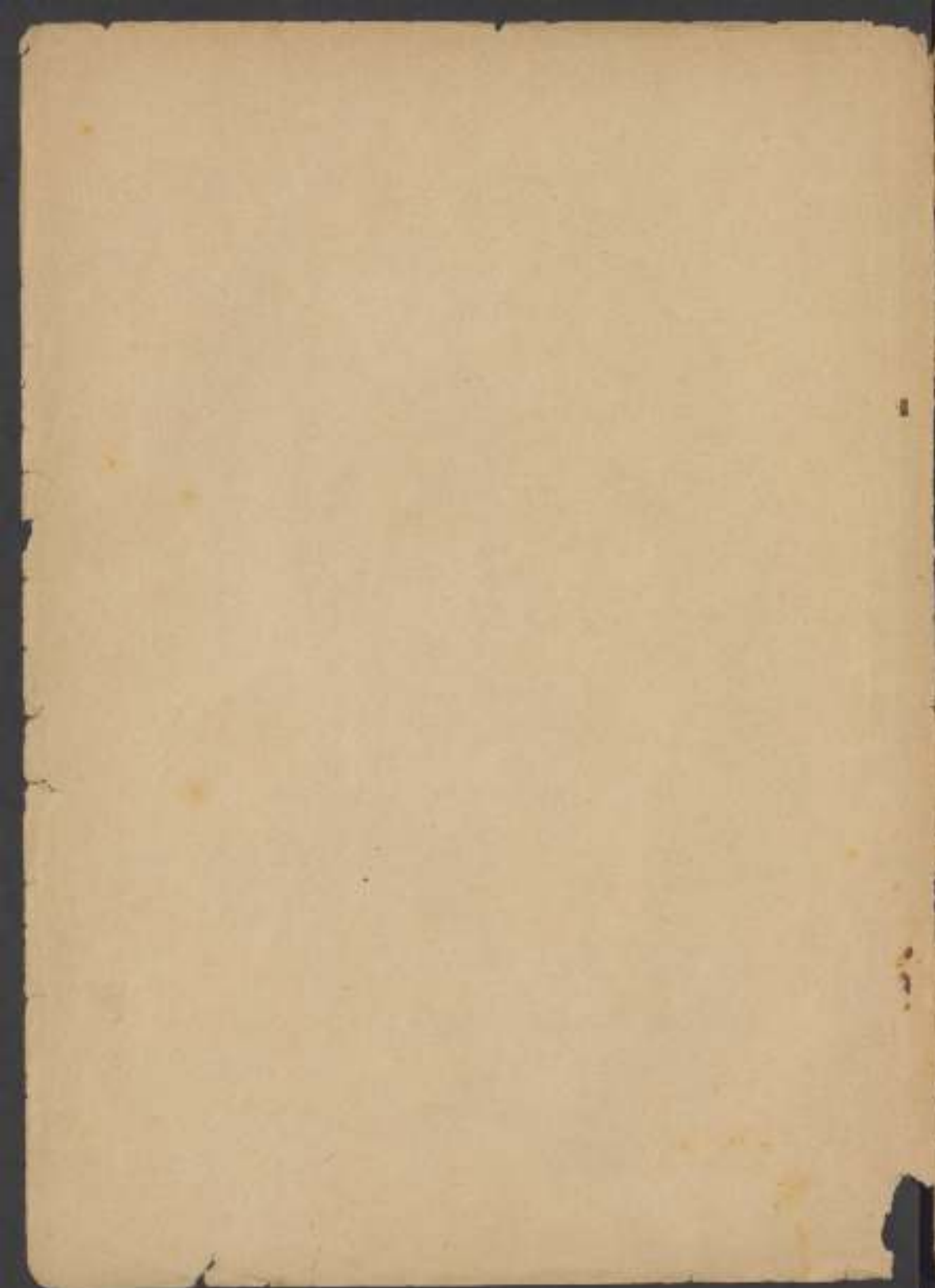
EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Roberta



Ginger Rogers
Gene Dunne

Fred Astaire
Randolph Scott





Reservados los derechos de
traducción y reproducción

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO: RAMÓN SALA VERDAGUER

DIRECTOR LITERARIO: MANUEL NIETO GALÁN

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES

Valencia, 234 - Apartado Correos 787 - Telf. 70657 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS

Sociedad General Española de Librería - Barbadé, 16 - Barcelona

EDITORIAL

AFAS

Publicación semanal

Año XI

Núm. 210

ROBERTA

Dentro del optimismo propio de la juventud, de esa despreocupación que los pocos años llevan siempre consigo, tiene **ROBERTA** el interés de unos amores sentimentales, de un gran idilio en el que sus protagonistas no se dan cuenta del amor que sienten el uno por el otro, hasta el momento en que saben que su separación ha de ser definitiva. Asunto emotivo en su parte sentimental y alegre y divertido, en la que corresponde a la pareja de bailarines que son la nota cómica de la trama. ***

Producción **RADIO PICTURES**

Sucursales:

Madrid
Bilbao
Sevilla
Valencia
Las Palmas
Palma de Mallorca
Portugal



CASA CENTRAL:

RADIO FILMS

Director: D. ROBERTO TRILLO

Gerente: D. Antonio Blanco

Paseo de Gracia, 76 - BARCELONA

PRINCIPALES INTERPRETES:

Stephanie	IRENE DUNNE
Lizzie	GINGER ROGERS
Huck	FRED ASTAIRE
John	RANDOLPH SCOTT

Director:

WILLIAM A. SEITER

Modas de

BERNARD NEWMAN

—NARRACIÓN DEL FILM POR—
MANUEL NIETO GALAN

ROBERTA

RESUMEN ARGUMENTO
DE LA PELÍCULA

UN EMPRESARIO TOZUDO

En contra de lo habitual, aquella mañana el puerto del Havre se hallaba iluminado por un sol espléndido. Tal vez la proximidad con el Canal hace que esta población se halle casi siempre cubierta por una espesa neblina muy parecida a la de Londres. Sin embargo, como decimos, aquella mañana un sol estival brillaba en el cielo, dando a los habitantes del famoso puerto una especie de optimismo y alegría que no podían disimular.

La algarabía en el puerto era

verdaderamente ensordecedora. Los mozos corrían de un lado para otro ocupando los sitios estratégicos para esperar a los viajeros que llegarían pronto en el transatlántico que había de llegar de América, y las bocinas de los taxis ensordecían al viandante.

Además de estos empleados públicos indispensables en todos los puertos y estaciones, se hallaban también los que esperaban la llegada de algún pariente y un gran número de parisinos que se habían trasladado a aquella ciudad para hacer más pronto el encuentro con el ser querido que esperaban.

Los hablan también que no esperaban a nadie y que solamente la curiosidad los llevaba allí para matar unas horas de libertad y otros que, para terminar algún negocio, acudían al Havre esperando el arribo de la persona con la que tenían que ultimarle.

Por fin asomó a lo lejos, con la majestuosidad de un gran señor que sabe que le esperan sus vasallos, el magnífico trasatlántico, enfiló con la proa la bocana del puerto y pausadamente fué acercándose al lugar que tenía reservado para el amarre. La orquesta de a bordo entonó el himno nacional francés, entre los aplausos de los que llegaban y los que esperaban y minutos después se procedió al desembarque de viajeros.

Gritos, alegrías, besos, abrazos y todas las manifestaciones consiguientes que tantas veces hemos visto en los puertos y estaciones, fueron desarrollándose a medida que iban descendiendo los pasajeros.

Solamente unos muchachos cargados con unos instrumentos de música eran los únicos que no fueron recibidos por nadie.

Uno de ellos, que a juzgar por las órdenes que daba debía ser el director de aquella pequeña orquesta, miraba por todas partes como

si quisiera encontrar a alguien, hasta que por fin vió a lo lejos un individuo parado y se acercó a él riendo alegremente.

El que esperaba, sin saludarle siquiera, le preguntó:

—¿Trae usted mi banda de indios?

—Sí—respondió jovialmente el muchacho—, indios americanos.

—¿Indios con plumas?

—Y con narices—respondió el joven.

—¿Como en las monedas?—insistió el empresario.

—Sí, sí, sí—repitió el muchacho.

—Están allí.

Señaló para el lugar adonde había dejado a sus compañeros y el empresario se dirigió hacia el lugar señalado. Cuando vió a los muchachos cargados con sus instrumentos de música les preguntó extrañado:

—¿Son ustedes la banda Wabash de ludios musicales?

—Sí, señor—respondió uno de ellos, que se llamaba Huck y que era el que siempre estaba de buen humor—. ¿Usted es acaso Voyda?

—El mismo—respondió el empresario—. Soy Alexander Petrovich Moskovich Voyda.

—Pues nosotros somos los indios—exclamó el mismo Huck.

Voyda los miró uno por uno y

al fin sin poder contener su indignación se volvió hacia el director y le dijo:

—¿Estos son los indios? ¿Acaso es lo mismo indiano que indio?

—Sí — respondió el joven — aunque nosotros no llevamos plumas en verano, ¿verdad, muchachos?

—No, nunca—respondieron todos.

—Usted dirá cuándo debemos empezar nuestra actuación — le preguntó el director.

—¿Empezar?... ¡Nunca! Yo pedí indios por cable y quiero indios. Los rostros pálidos de Yaquilandia no se ríen de mí.

—Pero es que mis músicos — exclamó el director — darán el golpe en su café.

El empresario, que era uno de esos hombres tozudos a más no poder, se quedó mirando casi agresivamente al muchacho y le respondió:

—Sus músicos ni tomarán siquiera café en mi establecimiento. Yo pedí indios. ¿Y son éstos los indios que me mandan?

El director creyó que lo mejor sería darle un concierto aunque fuera allí mismo, y llamó a uno de sus músicos diciéndole:

—Huck, venga el órgano.

—¿Qué es lo que quiere usted hacer? — preguntó el empresario.

—Darle un concierto aquí mismo — respondió el joven director.

—¿Para qué?

—El americano ya iba perdiendo su paciencia, y encarándose al empresario le respondió:

—Acceda usted a oírlos o vamos a terminar los dos en la cárcel.

Ante aquella actitud el empresario, mal que le pesase, se avino a oír el concierto, y al terminar le preguntó el director:

—¿Qué tal? Ya se habrá usted dado cuenta de que estaba errado al juzgar a mis músicos.

—El errado es usted — insistió el empresario—. Ustedes no son indios y eso es lo que yo necesito.

Y sin que hubiera poder humano que le hiciera salir de aquella tozudez cogió el coche en que había venido y se alzó del puerto, dejando a los pobres muchachos sin contrata y sin saber qué hacer en un país extranjero.

Huck, como siempre, tuvo chiste para el momento y exclamó:

—El cable nos ofrecía una breve contrata... y lo ha sido de verdad... Más breve no podía ofrecérsela... Menos mal que gracias a ella hemos viajado.

—Y volveremos apaleando car-

bón — exclamó otro menos optimista que él.

Pero Huck no se amilanaba por tan poca cosa. En peores situaciones se había visto él, y de todas ellas había salido con fortuna. Por lo mismo tuvo una inspiración y les dijo a sus compañeros:

—Hay que tomar el tren de París. Tenemos los billetes en nuestro poder y además entre todos reunimos 13 dólares, 78 centavos y un botón... En resistiendo el hambre, podemos vivir dos meses, que son los que necesitamos para hacernos populares en París.

Y aceptando tras breves deliberaciones la propuesta de Huck, tomaron el tren que partía para París, dispuestos a conquistar la ciudad Luz con su arte musical.

En el trayecto que separa el Havre de París, cada uno iba haciendo proposiciones para buscar el medio de salir airoso de aquella difícil situación en que se encontraban, y Huck procuró tranquilizarlos diciéndoles:

—En París se baila, ¿no? Pues necesitan música... ¿Conocemos a alguien en París?

—Mi hermano, el que fué sargento en la guerra europea, me dió unas direcciones—repuso uno de ellos.

—Yo también sé de una mu-

chacha que fué vecina mía—dijo Huck—. Yo estaba loco por ella y sé que ahora hace furor en París, creo que en las tablas... Ella nos ayudará.

—¿Cómo se llama? — preguntaron todos viendo en aquella muchacha una tabla de salvación.

—¿Cómo se llama? — se preguntó Huck a sí mismo—. Yo sabría encontrarla, si recordase su nombre...

El director se volvió hacia Huck y le preguntó bromeando.

—¿Recuerdas más gente olvidada?

Huck le respondió en el mismo sentido de broma:

—Sí, pero perdí hasta el recuerdo... ¡Ah!, ya sé. Se llama Lizzie...

—Bueno, no hay que apurarse respondió el director—. Exista o no esa Lizzie, yo tengo en París una tía... La tía Minnie.

—¿Y contrataría a una banda? —preguntaron todos a una.

—No lo creo — respondió el director—. Es modista.

Huck se desalentó y respondió:

—Yo entiendo de trenzados de pies, pero lo que es de vestidos... no sé ni dar una puntada.

El director, sin responder a la interrupción de su amigo, siguió diciéndoles:

— Sé que es rica y famosa... Todo París habla de la modista Roberta, que es el nombre con el que es conocida. La que no se vista en casa Roberta no va bien vestida.

— Si — exclamó Huck —, y la que se vista allí va desvestida, ¿verdad?

En estas cavilaciones siguieron todo el trayecto que hay entre el Havre y París, hasta que por fin llegaron a la capital de Francia. Una vez allí alquilaron un camión para transportar todos los instrumentos y a ellos mismos, y se dirigieron directamente a la casa de la tía Roberta.

El sobrino de la tía Roberta, o sea el director de la banda, era un muchacho de unos veinticinco años, alegre y optimista como casi todos los americanos. En su rostro expresaba una simpatía tan extraordinaria que era imposible verlo y hablar con él dos palabras sin sentirse inmediatamente contagiado de aquella simpatía que irradiaba de todo su ser. Aun en las situaciones más difíciles, aquella sonrisa que era su característica, no se desprendía de sus labios, y con su trato exquisito y su bondad había conseguido hacerse querer por todos sus compañeros que lo seguían a ciegas.

En aquella ocasión pesaba sobre él la responsabilidad de la situación en que se encontraban sus compañeros. Había sido él quien los había hecho venir a Europa, confiados en aquel contrato que luego no se cumplió, y era él también, según sus pensamientos, el que debía resolverles la situación.

Por esto no dudó en acudir a casa de su tía Roberta. La había conocido hacía años, y sabía que la vieja solterona se había encariñado con él y que muy bien podría obtener de ella un amparo para poder regresar convenientemente a América.

En el mismo camión entraron hasta el patio de la casa de modas de Roberta, y una vez que descendieron de él y cuando el sobrino se disponía a subir a saludar a su tía, Huck le dijo:

—Pregunta a tu tía por Lizzie... Tal vez la conozca.

—Está bien — le respondió el director —, mientras tanto podéis esperar sentados.

Entró al interior de la casa y subió al ascensor que encontró en el portal. Pero tuvo la desgracia de que el ascensor se parase en el primer piso, y el músico en vista de que no había medio de salir de allí, comenzó a dar voces pidiendo auxilio...

En esto vió a una muchacha que se acercaba, e intentó salir de allí, diciéndole:

—Este cacharro no anda.

Y en su deseo de salir, abrió las puertas para saltar, y la joven le dijo en perfecto inglés:

—No haga tal cosa que puede matarse...

El muchacho quedó extrañado al ver la corrección con que hablaba el inglés y le dijo:

—¿Usted habla inglés?

Y ella, en vista de que ya había conseguido salir, sin responderle siquiera intentó marcharse, pero él la detuvo diciéndola:

—No se vaya, quiero darle las gracias... Me salvó usted la vida.

Entonces se fijó en la belleza extraordinaria de aquella mujer. Jamás en su vida había visto a una mujer tan bella como aquella, ni que expresara mayor dulzura que la de su salvadora.

Ella que había advertido la impresión que había causado en el desconocido, y advirtiéndolo su simpatía sonrió humildemente y le respondió:

—No fué gran cosa... Después de todo cumplí con mi obligación...

—¿Sabe usted dónde podré encontrar a Mme. Roberta?—le preguntó el joven.

—Venga conmigo—le dijo ella.

El joven, que cada vez estaba más influenciado por la extraordinaria belleza de aquella mujer, se acercó a su lado, y mientras se dirigían en busca de su tía le fué diciendo:

—¿Qué bien!... ¡Habla usted el inglés divinamente!

—Lo estudié en Inglaterra—le respondió la muchacha, mucho más confiada.

—¿Y le gusta este idioma?

—Sí, me gusta el inglés — respondió sonriendo — y los yanquis también.

—Yo soy norteamericano.

—Me figuré que lo era usted desde el primer momento — respondió la muchacha.

Casi podría decirse que los dos se habían olvidado que iban a buscar a Mme. Roberta, puesto que se había quedado hablando en la habitación próxima, mientras que la dueña de la casa recibía a una de sus muchas visitas. Era un hombre de unos cincuenta años, y que le decía cortésmente a la famosa modista:

—Roberta, usted calcula mal su edad... No aparenta más de...

En este momento entró la muchacha que había ayudado a salir del ascensor al sobrino de Mme.

Roberta, y al ver al visitante le saludó cortésmente diciéndole:

—¿Qué tal, Lord Henry?

—Muy bien — respondió el Lord—. Vi a su primo, el príncipe Peter, en Roma... Me preguntó por usted...

La muchacha, sin agradecer mucho aquel interés que su primo demostraba por ella exclamó:

—Más le valdría trabajar como yo, que no aprovecharse de su título para vivir.

—Lleva usted razón — exclamó el Lord—. Si todos los aristócratas trabajasen, habría más paz en Europa...

Ante la mirada interrogativa de Mme. Roberta, la muchacha le dijo:

—Un joven yanqui desea hablar con usted.

—¿Un joven yanqui? — exclamó Roberta—. Ya sé quién es. No puede ser otro que mi sobrino... Que pase, Stephanie.

La muchacha fué a complimentar la orden, pero Roberta la detuvo cuando ya estaba junto a la puerta diciéndola:

—Aun no... Quiero empolvarme la nariz... Arrégleme.

La misma Stephanie le empolvó el rostro mientras que la anciana le preguntaba:

—¿Qué tal es?

La joven sonrió agradablemente impresionada por el recuerdo del visitante, y la anciana sonrió comprensivamente diciéndole:

—Se nota que deber ser un buen mozo... Que pase ya.

Salíó la muchacha y el lord le preguntó:

—¿Quién es este joven yanqui?

—¿No lo ha oído usted? Es mi sobrino. Le conocí hace años; cuando fui a América, y le quiero mucho... Es un futbolista famoso, un delantero medio, o cuarto posterior, o algo así... Cuando una quiere a los parientes los juzga superior a todo.

—¿Y si los odia? — preguntó intencionadamente el lord.

La anciana sonrió y sin responder a su pregunta exclamó:

—Más vale que no hablemos de eso... Este muchacho es el único en la familia que me trató cariñosamente. Le quiero mucho. Es afectuoso y leal como un terranova... Estoy segura de que llegará a ser algo muy grande.

Al acabar de hacer este elogio del muchacho Mme. Roberta entró John, que corrió a donde estaba su tía diciéndole:

—¡Tantísimo gusto, tía!

Mme. Roberta, le presentó al lord que la acompañaba y le dijo a su sobrino:

—Hablamos de ti, John.

Luego lo presentó a su ayudanta y le dijo:

—Esta es Estephanie, mi ayudanta y a la que juzgo indispensable en mi casa.

El lord intervino en la conversación y dirigiéndose a John le dijo:

—Su tía debe sentirse muy halagada. Cuando yo venía a París, de joven, no visitaba a mis tías.

John miró cariñosamente a su tía y le respondió al lord:

—No tendría usted una tía como la mía.

—Bien dicho, John — exclamó su tía halagada.

El lord comprendió lo que gustaba a Mme. Roberta que la halagasen de aquella forma y contribuyó también diciéndole:

Es que en el mundo no hay otra Mme. Roberta... Bueno, me voy a tomar el tren. Cuando vuelva, dentro de quince días, usted y yo iremos a dar una vuelta por París. Yo le enseñaré los buenos sitios.

Luego se despidió de Mme. Roberta diciéndole:

—Y usted écheme un poquito más de menos.

—Mucho ha de ser, me temo — le respondió ella riendo.

Salió de la casa de Roberta, y

John agradablemente impresionado por la simpatía del lord, exclamó:

—Es simpático este vejete.

—No creas que es tan viejo como parece — exclamó su tía—. Muchas veces parecemos más viejos de lo que somos en realidad.

—Lo dije en tono afectuoso, tía — se apresuró a decirle su sobrino, sentando al lado de ella.

Mme. Roberta, contenta por la llegada de su sobrino, empezó a preguntarle cosas de su vida pasada y le dijo:

—Dime, ¿y aquella muchacha de que me hablabas en una carta?

—¿Sophie? — preguntó él—. Pues me halló un heredero.

—¿Un heredero? — preguntó su tía extrañada—. No me has dicho nada.

—Quiero decirte que rompimos las relaciones.

—Pues yo había entendido que te había dado un heredero... Si te dejó es que debe ser una mujer muy estúpida.

—Oh, no — protestó débilmente John—. Es una mujer muy lista—. Habla alemán, francés, sabe de todo.

Se sacó un retrato que llevaba en su cartera y se lo mostró a su tía diciéndole:

—Este es su retrato, aquí no está muy bien.

Mme. Roberta se quedó mirando la fotografía que le mostraba su sobrino y exclamó finalmente:

—Se ve que tiene agudeza. Supongo que le molestaría el que te mandase de paseo.

—Verdaderamente — respondió John—. A pesar de todo, aun lo quiero, pero ella dice que yo soy un patán.

Estephane estuvo a punto de soltar la curejada. A pesar de la seriedad de su carácter, le hacía gracia la ingenuidad de aquel muchacho, y Mme. Roberta, sin darse cuenta de nada, se volvió hacia su ayudante y le dijo:

—¿Qué le parece a usted lo que dice mi sobrino?

Estephane sonrió sin atreverse a decir nada, y su sobrino continuó diciendo:

—Dice que soy un rústico aldeano, que no sé hablar de nada, ni sé bailar, ni vestirme... No sé de modas y sólo sé comer guisado con patatas.

—Eso dice, ¿eh? Le probaremos que se equivoca...

La conversación con su tía iba alargándose, y los compañeros que estaban abajo esperando empezaban a impacientarse por la tardanza de John.

—John lleva ahí una eternidad — dijo uno de ellos.

—Es que debíamos haber ido antes al hotel — exclamó otro.

—Y yo tengo un hambre que no puedo mantenerme en pie — exclamó un tercero.

Huck intervino en último lugar y le dijo al del saxofón:

—Dale una llamada.

Inmediatamente el aludido hizo sonar el instrumento, y Mme. Roberta miró extrañada hacia el lugar de donde partía el sonido, diciéndole John:

—Esa es mi banda... Es que he venido con mi banda.

—¿Una banda de qué? — preguntó cada vez más extrañada su tía.

—Es la orquesta de los indios de Wabash... Nos contrataron desde París, pero todo nos ha salido mal... Los pobres chicos buscan trabajo.

Los músicos en vista de que ni con la llamada acudía John, empezaron a tocar todos, y Mme. Roberta le dijo a su sobrino, halagada por aquella especie de concierto que le dedicaban:

—Lo hacen muy bien.

Y durante un rato quedó callada escuchando la música que tocaba la orquesta de indios.

UNA CONDESA DE OCASION

Cuando con más atención estaba la dueña escuchando el concierto que daba la banda, entró Estephanie diciéndole:

—A Mme. Scharwenka no le gusta la tela, no le gusta el modelo, ni le gusta el precio... Está disgustadísima... ¿Qué hacemos?

Mme. Roberta, sin darle ninguna importancia al disgusto de la cliente, le respondió:

—Nada... Ya volverá.

Luego se volvió hacia su sobrino y le dijo:

—Presume porque tiene el cuerpo mejor formado de Europa... pero con algo ha de cubrirlo y seguirá haciéndose vestidos.

—Es que — le respondió tímidamente la muchacha — ya sabe

usted cómo es la condesa, y temo que comience a gritar.

—Pues dele un alfilerazo y se callará.

Salió la joven, y John le preguntó a su tía:

—¿A quién va a pluchar?

—A Scharwenka, una condesa polaca que se mofa del gran mundo y trabaja en un cabaret... Como verás, tiene talento.

—¿Y tú le permites gritar así? — preguntó extrañado John.

—Si le gusta, ¿por qué no? — exclamó su tía indiferente.

—¿Y si viene la policía?

Su tía se echó a reír al ver la expresión de temor de su sobrino y le respondió:

—Mejor, así se la llevarían de aquí.

Hasta ellos llegaron los gritos que estaba dando la condesa, y John temiendo por lo que pudiera ocurrirle a la joven ayudanta, le dijo a su tia:

—Esa mujer debe estar loca... Quizás Estephanie corre peligro.

Su tia le miró, comprendiendo el interés que le merecía la joven, y le preguntó:

—¿Quisieras intervenir?

John no esperó a más para ir inmediatamente al cuarto donde estaban Stephanie y la condesa. Al entrar vió que ésta trataba de maltratar a la ayudanta, y sin poderse contener, ni pensar en que era la otra una mujer, le dió un empujón que la hizo caer contra un sofá, al mismo tiempo que la decía:

—Esto no es una manera de comportarse.

La condesa al verse tratada de aquella forma, en vez de encolezarse, se levantó como pudo y acercándose mimosa a donde estaba John le dijo:

—¿Qué grande es usted, mi apuesto americanito!... ¡Y qué fuerte es!

John inmediatamente después de haber hecho aquello se arrepintió, y procurando dulcificar en lo posible su tono de voz le preguntó:

—¿Por qué trataba usted así a esa señorita?

La condesa se encogió de hombros y le respondió:

—Porque a esta gente latina hay que chillarla.

La ayudanta se revolvió enérgicamente y le respondió:

—Le advierto que ni soy latina, ni me asustan los chillidos.

La condesa recogió su sombrero y exclamó indignada contra Estephanie:

—Jamás volveré a poner los pies aquí... Me han ultrajado... Esa vejesteria avara, esa diablesa...

John la interrumpió diciéndole con energía:

—¡Cuidado, que es mi tia!

Cambió por completo la condesa y le respondió amablemente.

—No le culpo a ella... Su tia es un genio, pero esa Xarpia juvenil que manda aquí, esa Estephanie que acaba de salir es intolerable.

—Pues a mí me parece simpaticísima — respondió John.

—¿Es usted su amante? — le preguntó con ironía la condesa.

—Yo no tengo nada que ver con esa señorita — respondió seriamente John.

—¿Y no le gustaría serlo? — preguntó la condesa con una sonrisa maliciosa.

Y mientras que la condesa trataba de conquistar a John, Stephanie había salido donde estaba la dueña y le daba cuenta de cuanto había ocurrido, diciéndole:

—Su sobrino se portó admirablemente...

—¿Y ella qué hizo? — preguntó Mme. Roberta.

—Pues abrirle los brazos.

—¿Y a él parece gustarle? — preguntó riendo la anciana.

—No mucho — exclamó Stephanie —, pero no le oigo pedir auxilio, señal de que no estará muy mal.

Seguía oyéndose a los muchachos que esperaban el regreso de John, y Mme. Roberta al acordarse de ellos exclamó:

—El encerrado con la condesa y los de la banda siguen ahí.

De pronto tuvo una gran idea. Se acordó de la influencia que tenía la condesa, y pensó en voz alta:

—¿Quién sabe, si ella podría ayudarles!... Tal vez si mi sobrino se lo pidiese... Ella podría muy bien gestionarle una contrata... Es una banda excelente.

En esto entraba la condesa acompañada de John, y venía diciéndole:

—Le acompañaré a ver París y le gustará una enormidad.

—Ya vi la torre Eiffel — le dijo John.

Su tía, sin levantarse de donde estaba sentada, al ver entrar a la condesa la dijo:

—Ya sé que no le gusta el vestido, pero no se apure, le confeccionaremos otro y con rebaja.

—De ninguna forma — respondió la condesa —. El vestido no me desagrada. Volveré mañana a probármelo de nuevo.

Mme. Roberta, al ver el cambio que había experimentado, su clienta se levantó afectuosa y le dijo presentándole a John:

—¿Me permite presentarle a mi sobrino?

La condesa sonrió maliciosamente y mirando provocativamente al joven le dijo:

—Ya se presentó él, de un modo encantador.

—Mi sobrino piensa ir a Londres—siguió diciéndole Mme. Roberta—. Tocaré con su banda en una fiesta del duque de Warrington.

La condesa miró nuevamente a John y sonriéndole expresivamente le dijo:

—Me gustaría oír tocar a su orquesta algún día.

—No hay nada como el presente—exclamó en seguida John—. Ahora mismo la puede oír.

Y sin esperar a más, corrió hacia donde estaban sus compañeros, a quienes les dijo:

—¡Ánimos, amigos!

—¿Qué pasa? — preguntaron todos a coro.

—Que hay un contrato en puertitas.

—¿De verdad? preguntó Huck, que creía que se trataba de alguna broma.

—Venga un numerito animado — siguió diciéndoles John. Y acercándose a Huck terminó diciéndole: —Vas a conocer a una condesa polaca... Ella es la que puede buscarnos trabajo.

—¿Dices que es una condesa? — preguntó Huck—. Preséntemela en seguida.

—Pues manos a la obra... Vamos a empezar...

Dieron comienzo a su concierto y la dueña de la casa le preguntó a la condesa:

—¿Verdad que tocan muy bien?

—Admirable — respondió la condesa—. Voy a hajar a oírlos de cerca.

Y sin esperar a más, echó a correr escaleras abajo hasta llegar donde estaban los músicos tocando.

Apenas llegó y vió a Huck, tuvo intenciones de retroceder, pero

John la había visto y se acercó a ella diciéndole:

—Venga usted que voy a presentarle a mi amigo Huck.

El aludido se acercó adonde estaba la condesa y John, y éste le dijo:

—Permiteme que te presente a la condesa...

—¿Condesa? — exclamó Huck sin poderse contener al reconocer en aquella mujer a la vecina que tuvo en otro tiempo y que le había dado calabazas—. Pero si es Lizzie...

Apenas si pudo acabar la palabra, puesto que la joven lo cogió por un brazo y lo apartó del resto de los músicos, para impedir que la descubriese.

—Te prohibo que digas mi verdadero nombre — le dijo ella.

—Pues yo creía que eras condesa... ¿No te has casado con algún título?

—Déjate de bromas y atiéndeme — insistió la joven—. Ese nombre es el de tablas. Aquí hace falta título para todo, si no se muere una de hambre.

—Ya, ya lo sé — respondió Huck recreándose en la contemplación de la joven—. Y además advierto que en París las mujeres ganan mucho en belleza.

—¿Por qué lo dices?—preguntó halagada la muchacha.

—Pues... porque estás guapísima—le dijo el músico.

Ella sonrió ante la galantería de él y acordándose de la situación difícil en que se hallaban tanto Buck como sus compañeros, le dijo:

—Te prometo buscarte trabajo, si no me desenmascaras... Sobre todo no me llames Lizzie.

Huck hizo una graciosa reverencia y le respondió burlonamente.

—Perdón, princesa o baronesa... ¿Cuál es tu título?

—Déjate de bromas y llámame únicamente Tanka.

—Pues, tanto gusto, Tanka —replicó Huck—. ¿Dónde vas a buscarme trabajo?

En aquel momento se acercó a ellos Stephanie y le preguntó:

—Mme. Roberta va a tomar el té y desea saber si gustan acompañarla.

—Lo siento mucho—respondió la condesa, que en aquel momento le interessaba más Huck que nada—. Diga a Mme. Roberta que estoy hablando con el marqués de Indiana.

Huck se echó a reír al oírse llamar marqués y cogiéndose del brazo de la fingida condesa continuó hablando con ella.

John subió a tomar el té con su tía, y ésta mientras que lo tomaban le dijo a su sobrino:

—Tú eras la única preocupación que me faltaba... Ahora me dedicaré completamente a ti... Entre Stephanie y yo haremos de ti un muchacho elegante... Eres guapo y lo único que te hace falta es un buen sastre y aprender francés.

—Todo llegaré con el tiempo, tía —le respondió cariñosamente John—. Te prometo que voy a hacerme más parisino que el mismo Sena.

Stephanie miraba de vez en cuando a John y cada vez se sentía más atraída por la ingenuidad de aquel hombre. A pesar de su cuerpo y de su edad podría decirse que era talmente un chiquillo.

Al cabo de un rato Stephanie se acercó cariñosamente a Mme. Roberta y le dijo:

—Ya es hora de la siesta, madame.

—Espere un poco —respondió Mme. Roberta—. ¿Verdad, Stephanie que usted me ayudará a pulir a John.

—Está muy bien tal como está —respondió Stephanie.

—Pero un buen sastre nunca está de mal—replicó Mme. Roberta.

A los pocos segundos se oyeron

unos pasos y Mme. Roberta explicó a su sobrino:

—El que llega ahora es Ladislaw... El médico me manda echar la siesta y Stephanie apela a la música como narcótico.

—Ah, ¿sí?—preguntó su sobrino, mirando a Stephanie que inconscientemente sintió que el rubor se le subía a las mejillas y bajó los ojos al suelo.

—Sí—siguió diciéndole madame Roberta—. Además he de advertirte que Ladislaw, nuestro portero, es todo un príncipe.

—¿Príncipe?... ¿El portero?—preguntó asombrado John.

—Un príncipe ruso—volvió a decirle su tía, que estaba por no dormirse—. Si en su país llegase la restauración podría aspirar al trono.

Ladislaw se acercó a donde estaba la tía de John, provisto por una especie de guitarra rusa, y Mme. Roberta le dijo sonriendo:

—Hoy tendrá que tocar bien, Ladislaw... Ya a oírle mi sobrino John... Siéntese y toque algo para que le oiga.

Ladislaw no se hizo repetir la orden. Se sentó en el lugar que le indicaba la dueña e inmediatamente empezó a tocar, mientras que Mme. Roberta cerraba los ojos y empezaba a dormirse.

En aquel preciso momento la orquesta de abajo empezó a tocar y Stephanie le dijo alarmada a John:

—Van a despertarla.

—De eso estoy seguro—respondió John—. Les haré que se callen.

—No, no salgas—le dijo su tía, que todavía no se había quedado dormida del todo.

Huck, entretanto, seguía hablando con Lizzie y la decía, mostrándole la orquesta:

—¿Sabes lo que me recuerda esto?... Pues las funciones que dábamos en tu establo.

—¿Te acuerdas cómo nos disputábamos los ingresos de taquilla? — le preguntó ella riendo —. Me acuerdo que en cierta ocasión hasta te envié una postal con un corazón atravesado.

—Sí, es verdad — respondió Huck—. Es la única que he recibido en mi vida.

—Y la única que he mandado—exclamó ella.

—¿Qué días más felices aquellos! — suspiró Huck.

—Y tan felices—respondió Lizzie—. Hasta creo que estaba enamorado de tí.

—Y yo también me enamoré de tí.

—¡Qué traviesos éramos! — replicó riendo—. Me gustaría volver a aquellos tiempos. Pero ahora hay que pensar en vuestro trabajo. Venid a mi casa y yo os acompañaré a un sitio en el que os contratarán.

—Si quieres vamos ahora mis-

mo — respondió Huck, que lo que estaba deseando era encontrar una contrata, fuese donde fuese.

Se pusieron de acuerdo y quedaron en que aquella misma tarde Lizzie los acompañaría a uno de los cafés más aristocráticos de París.

LA AYUDA DE LIZZIE

El encuentro de Lizzie y Huck había hecho que los dos jóvenes volvieran a sentirse nuevamente enamorados. Ella a su lado recordaba aquellos tiempos felices de su infancia, y él veía en ella, no a la Lizzie que conoció años atrás, sino a una Lizzie distinta, instruida, elegante y sobre todo mucho más bella.

La alegría de los caracteres de los dos jóvenes se avenían como anillo al dedo, y pronto se dieron cuenta los dos que nada había mejor para ellos que empezar de nuevo aquella amistad que prometía terminar en idilio.

Por lo pronto, Huck no faltó a la cita que le dió aquella tarde. En unión de sus compañeros se fueron al café que les había indicado

Lizzie y se colocaron de forma que el dueño cuando entrase no los pudiera ver. Lizzie se encargaría de lo demás y los descubriría cuando llegase el momento oportuno.

Todo estaba a punto cuando llegó el dueño, y Lizzie apoderándose de él le dijo:

—Usted necesita una orquesta y yo se la he buscado... Se la he arrebatado nada menos que al duque de Wattingham para dársela a usted.

—Para dármela, ¿eh? — preguntó el dueño, pensando que aquella mujer debería buscar algo más que hacerle un favor—. ¿Por cuánto me la da usted?

—¿Qué importa el dinero? — respondió Lizzie—. Primeramen-

te óigalos tocar, y si le gusta, luego hablaremos del precio.

En aquel momento los muchachos atacaron con hrio la pieza que estaban tocando, y el dueño del café no pudo menos que decirle a Lizzie:

—Tocan admirablemente... Los contrato ahora mismo.

Pero daba la casualidad que el dueño de aquel café era precisamente el mismo que había contratado por cable la orquesta y que no la quiso admitir cuando llegaron al Havre. Lo que él menos podía suponerse era que aquellos músicos fueran los mismos que él había despreciado, y dándoseles de entendido siguió diciendo a Lizzie:

—¡Qué bien hice en no tomar a aquellos indios de rostros pálidos! ¡Esta orquesta es sencillamente soberbia! ¿Quién se la presentó a usted, Tanka?

La muchacha sonrió pensando en la sorpresa que se iba a llevar cuando viese de quiénes se trataba, y respondió:

—Pues... los rostros pálidos...

En esto se acercó a donde estaban los músicos, y al ver de quiénes se trataban exclamó encolerizado:

—¡Esto es una estafa!... ¡Una vil estafa!

Y en su idioma nativo, puesto que era ruso, comenzó a gesticular, hasta que Huck preguntó, cansado de tanta indignación como parecía expresar el dueño del café:

—Bueno, ¿seguimos aquí o nos vamos?

—Sí, siguen — exclamó el dueño del café —. ¡Siguen ustedes sacándome de quicio!

—¿Pero qué tienen de malo?— preguntó Lizzie, sin comprender por qué se exaltaba de aquella forma el dueño.

—¿Qué tiene de malo?— preguntó—. Pues que yo pedí indios y no indianos. Yo no los quiero... No les doy trabajo.

Entonces Lizzie recurrió al máximo extremo. Sabía la falta que ella le hacía y le dijo resueltamente:

—Si se van... yo me voy con ellos.

El propietario del café se calmó inmediatamente. Lo único que no podía consentir era que Lizzie se fuera. Ella era la atracción más grande de su café, y si se iba podía costarle un disgusto en su negocio. Procuró calmarse lo más posible y la preguntó:

—¿Y a dónde va usted a ir?

Huck se creyó en el caso de intervenir y le preguntó a Lizzie:

—Oye, Tanka, ¿qué club fué el que te ofreció seis meses de contrata y tomar la banda?—. Y luego, volviéndose al dueño, siguió diciéndole: —Le advierto que comete un error dejando que la condesa vaya al Armand... Digo al Antoine... Debiera retenerla aquí. Los clientes la echarán mucho de menos.

El dueño comprendía que lo que decía Huck era verdad. Este sin darse cuenta había dado en el clavo, y ante sus palabras recapacitó un poco el ruso y exclamó decidido:

—A ustedes los contraté por cable y se quedan conmigo—. Luego se volvió a Lizzie y le dijo: —A usted le pagaré lo que le pague el Antoine... Todo está previsto. Ahora voy a ver a mi abogado, para que nos prepare el contrato y a firmarlo.

Salió del café, y al quedar solos los músicos comenzaron a saltar y a dar gritos de alegría exclamando:

—¡Ya tenemos trabajo!

—Y te lo debemos a ti, Lizzie— exclamó enternecido Huck—. Yo siempre dije que eras una buena muchacha.

—Pues a ver si tú lo crees también—le respondió ella.

—Voy a demostrarlo ahora mis-

mo—le dijo Huck. Y no encontró mejor medio que cogerla en sus brazos, abrazarla fuertemente y comenzar a besarla. Lizzie no sintió la menor molestia por aquellas muestras de agradecimiento, sino que respondió a las caricias de igual forma diciéndole:

—¡Ay, Huck! ¡Qué ganas tenía de que me besaras así!... Pero te advierto que como te ves besando a otra te la has ganado.

El sonrió, mientras que negaba con la cabeza, y los músicos salieron del café para dejar a los dos enamorados solos y que pudieran decirse a sus anchas todos los madrigales que se les ocurrieran.

Iban pasando los días, días inmensamente felices para John, puesto que los pasaba en compañía de Stephanie. Aquella muchacha, con su dulzura, con talle exquisito y su belleza había conquistado por completo el corazón de John, sin que él mismo pudiera darse cuenta de ello. Y era que Stephanie era una de esas mujeres que sin proponérselo fascinan al hombre que hablase con ella, aunque sólo fuera una sola vez.

Cuando le miraba, John creía advertir en aquellos ojos algo así como una caricia, y en todo su ser corría ese fuego juvenil del amor

que le hacía parecer un chiquillo al lado de ella.

Los primeros días fueron nada más que palabras sueltas las que cruzó con Stephanie, pero John sentía la necesidad de intimar con ella, de congraciarse con aquella mujer en la que había llegado a pensar día y noche. Era un impulso tan fuerte el que le dominaba, que ideó el medio de estar con ella sin que Stephanie pudiera rehusarlo.

Para ello le dijo en cierta ocasión:

—Señorita Stephanie, -yo quisiera pedirle a usted un favor, y no me atrevo.

—¿De qué se trata? — respondió la joven con aquella dulzura que la hacía aún más adorable.

—Es que... la verdad — siguió diciéndole él — sentiría molestarla.

Ella le miró sonriendo y le volvió a preguntar:

—¿Tan grave es lo que me va usted a pedir?

—Se lo diré por que usted misma lo juzgue — respondió John.

Stephanie esperó tranquilamente a que él hablara, y John comenzó diciéndole:

—Ya sabe usted la manía de mi tía... Quiere a toda costa que yo sea un verdadero parisino.

—¿Y pretende usted que yo le inicie? — preguntó ella amablemente.

—Eso... eso es lo que precisamente le iba a pedir.

—Pues lo siento mucho—le dijo ella—pero yo no conozco casi París... No he sido de esas mujeres que se han dedicado a divertirse... Si era eso lo que usted pretendía, lo siento, pero no puedo complacerle.

—No, no—se apresuró a decirle John—. No se trataba de eso precisamente.

—¿Pues de qué entonces?—preguntó ella extrañada.

—Se trata de que usted habla admirablemente el francés... Yo casi lo sé y podría darle unas lecciones... ¿Le parece mal?

Stephanie se echó a reír alegremente. Nunca como hasta entonces la había visto él reír con tantas ganas, y se contagió de su risa y se puso a reír también, hasta que ella le dijo:

—Parecemos dos chiquillos... Estamos riéndonos como dos tontos.

—Yo con tal de parecerme a usted me importa poco ser tonto o idiota, o lo que usted quiera...

—Bueno, hablemos claro — le interrumpió ella—. ¿Qué es lo que usted quiere?

—Ya se lo he dicho, aprender francés y que sea usted mi profesora.

—Pues lo tiene conseguido—le respondió ella—. Desde hoy no hablará conmigo más que francés.

—Pero no se reirá usted de las faltas que cometa.

—De ningún modo — exclamó ella seriamente—. Yo no acostumbro a reirme de nadie.

Y desde aquel día, John encontró el medio de estar mayor tiempo junto a Stephanie, quien por su parte no demostraba estar muy a disgusto con su alumno.

Mme. Roberta veía la amistad que iba engendrándose entre los dos jóvenes, y reinaba satisfecha. Nadie mejor que ella sabía todo lo que valía Stephanie, y pensaba que si su sobrino llegaba a conquistar el corazón de la joven podía jactarse de haber hecho la conquista más grande en París.

Stephanie no era solamente por bella por lo que podía convenir a un hombre, sino por su bondad, por su inteligencia, por su nacimiento, por todo, en una palabra. Y estos cálculos que se hacía la anciana eran los que más alegre la tenían en aquellos días.

Así la encontró el lord cuando volvió de su viaje, y sospechando que el cambio experimentado en

su amiga era debido a la llegada de su sobrino le preguntó:

—¿Qué tal va el terranova?—
¿Qué hay del futbolista?

—Admirable — exclamó Mme. Roberta—. No le reconocería usted; Stephanie le ha transformado en un perfecto caballero.

—¿Y cómo ha sido eso?

—Pues ya verá — le dijo Mme. Roberta—. Su sastre sabe hacer milagros, aparte de que él sabe llevar la ropa admirablemente... Además es un genio lingüístico... Habla ya el francés con toda perfección... Anoche precisamente, a un chófer lo mandó... bueno, ya puede usted imaginárselo... Y en perfecto francés... Entre Stephanie y yo le hemos enseñado cosas que otro no aprendería en la vida.

—Bien empieza ese joven—exclamó el lord riendo—. Veremos cómo acaba. Y a eso precisamente deber ser el que la encuentre más alegre y atractiva que nunca. Lo que siento es tenerme que ir tan pronto, sin poderle hacer más compañía... Ya sabe que me gusta mucho venir aquí, porque así recordamos aquellos años que ya pasaron.

—Pues hasta mañana, Lord Henry, y piense que le aguardaré con impaciencia.

El lord se levantó, y antes de marcharse sintió curiosidad por saludar nuevamente al sobrino de su íntima amiga y le preguntó:

—Y John, ¿dónde está?

—Estudiando francés — le dijo intencionadamente Mme. Roberta.

Se oyó una alegre carcajada de John y de Stephanie, y Mme. Roberta terminó diciendo:

—¿No oye cómo estudian?

El lord se echó a reír también, comprendiendo lo que su amiga quería decirle, y se despidió de ella diciéndole:

—¿Se le ofrece algo?

—Nada, muchas gracias — respondió Mme. Roberta ofreciéndole

le la mano, en la que el lord depositó un respetuoso beso.

Al poco rato de quedar a solas, entró Stephanie seguida de John y la joven le preguntó solícita y con el mismo cariño que siempre la trataba:

—¿Se le ofrece algo, Mme. Roberta? ¿Quiere un vasito de agua?

—No, gracias — respondió la anciana—. Lo único que quiero es que me cante usted algo.

La muchacha sin hacerse repetir la orden cantó una bella romanza rusa, mientras que John la miraba embobado, lo mismo que un chiquillo mira a un lindo juguete que tiene la presunción que ha de ser suyo.

LA MUERTE DE MME. ROBERTA

La pobre anciana entregó su alma a Dios plácidamente, y su muerte fué en París un verdadero acontecimiento. Era ella la modista de más nombre de toda la ciudad, y la desaparición de un personaje de tal índole en una población donde se rinde antes que nada un culto extremo a la moda, había de producir una verdadera consternación entre todo el mundo.

Sin embargo, todo el mundo estaba seguro de que la casa de modas no desaparecería, puesto que quedaba Stephanie, que era la que en verdad llevaba el negocio en los últimos años. El gusto de Stephanie en la creación de modelos era proverbial en la ciudad, y las elegantes pensaban que si había

muerto Mme. Roberta, quedaba todavía Stephanie, que seguiría con el negocio y ellas seguirían luciendo aquellas magníficas creaciones que llamaban la atención en todo el mundo.

Pero la prensa a los pocos días de la muerte de Mme. Roberta publicó una noticia de una importancia capital para todas aquellas mujeres, y que era la siguiente: «Mme. Roberta ha fallecido dejando heredero de su establecimiento de modas a John Kent, sobrino de la difunta».

Esta noticia llegó hasta sus amigos, quienes habíanse alejado un tanto de John, por haber dejado éste la orquesta. La primera que se enteró de ello fué Lizzie, quien le dijo a Huck, que se ha-

ha convertido en su novio oficial:

—Aquí habla de John... Se ha dedicado a modisto.

—¿Será posible? — exclamó Huck, sin poder dar crédito a lo que le decía su novia.

—Léelo tú mismo y te convencerás—le dijo Lizzie.

Huck leyó la noticia que publicaba el diario y comentó:

—¡Imagínate a John entre gente elegante!

—Además que no sabe distinguir un vestido de un fuelle—replicó Lizzie—. En cuanto llegue a París iré a casa de Mme. Roberta.

Pero en casa de Mme. Roberta sucedían cosas de gran trascendencia. Había desaparecido aquella alegría que siempre reinó por todos los salones, y Stephanie pasaba por ellos como una sombra que ni siquiera se atrevía a denunciar su presencia. La muerte de su bienhechora había sumido a la joven en una profunda tristeza y no podía apartar de ella el recuerdo de aquella mujer que tan cariñosamente la había recogido en su casa.

La infeliz joven recordaba su llegada a París huyendo de su patria. Había abandonado forzosamente todas las comodidades de su alta posición para desterrarse

a un país desconocido, sin amigos ni conocidos.

Los primeros días la vida en París se hizo imposible. Buscó trabajo inútilmente, y sólo encontró, por su belleza, proposiciones que la hicieron sonrojar. Por fin un día entró en casa de Mme. Roberta, y ésta al ver su porte elegante y su aire distinguido la ofreció entrar a su servicio. Stephanie aceptó el empleo que la daban. Para ella le era lo mismo trabajar en una cosa que en otra. No creía que el trabajo denigraba, siempre que fuese honesto, y aceptó inmediatamente.

Mas al poco tiempo de estar en la casa, Mme. Roberta la fué elevando hasta convertirla en su ayudanta, y más tarde llegó a considerarla como si fuese su verdadera madre. Jamás tuvo que sufrir una regañiza de la dueña, y cuando alguna vez solía equivocarse, Mme. Roberta la aconsejaba maternalmente lo que debía hacer. Tan segura se sintió en aquella casa, tan suya la creyó moralmente, que jamás se preocupó de su salario, ni Mme. Roberta tampoco. Se consideraban tan ligadas la una a la otra que nunca hablaron de cosas tan desagradables como era el dinero.

Además Mme. Roberta estaba

decidida a dejarle el negocio a Stephanie, y así hubiera sido de no sorprenderle la muerte tan repentinamente.

Mas por esta causa el heredero forzoso de todo su capital y del negocio era John Kent, su sobrino. La ley le otorgaba todos los derechos, mientras que Stephanie, aun cuando hubiera querido, no habria podido alegar ninguno en su favor.

Para John la muerte de su tia no fué solamente el pesar de perderla, sino que desde el mismo día en que murió, Stephanie se mostró muy diferente con él. El pobre muchacho no comprendía la causa de aquel cambio, y atribuyéndolo al dolor que la habia causado la muerte de Mme. Roberta, puesto que le constaba, lo mucho que la queria, no habia intentado siquiera pedirle una explicación.

Cuando por casualidad se encontraban en un pasillo, él intentaba hablarla, y Stephanie le contestaba con monosílabos, como dándole a entender que descaba cortar cuanto antes la conversación.

A la semana de la muerte de Mme. Roberta, Stephanie habia tomado una resolución: marcharse de la casa. Comprendía que su reputación la impedía seguir vi-

viendo en la misma casa donde vivia un hombre soltero, y esta idea la hizo adoptar aquella resolución de marcharse. No sabia dónde iria, pero tampoco le importaba. Ya tenia en París buenas amistades, y ellas le procurarían un empleo donde seguir trabajando honradamente.

Mas al pensar en su marcha, una pena infinita invadía su corazón. Tenia que alejarse de John, de aquel hombre que siempre la habia tratado con tanto respeto y al que ella se sentia ligada por un sentimiento que no podía ser otra cosa que amor. Era inútil que quisiera seguir engañándose a si misma. Le amaba y no podía decir si era correspondida de igual forma.

Hasta entonces, John nada le habia dicho. Algunas habia creído advertir en él y en sus palabras aquel amor que ella sentía; pero luego la corrección del joven y acaso su timidez la habian obligado a pensar que solamente se trataba de una buena amistad y de que el recuerdo de la otra mujer seguía todavía vivo en el corazón del joven americano.

Habia recogido sus cosas y ya se preparaba a marchar cuando entró en su habitación la que fué doncella de Mme. Roberta y la

preguntó extrañada al verla en disposición de marchar.

—Pero ¿qué hace la señorita?

—Me disponía a despedirme de esta habitación donde he sido tan dichosa — le respondió casi llorando Stephanie.

—¿Pero de veras se va de casa de Mme. Roberta?—volvió a preguntar la doncella, sin poder dar crédito a lo que decía la joven.

—Sí, Fernanda — respondió la joven—. Tengo que marcharme... Es mucho mejor que lo haga yo antes de que me puedan echar.

—¿Y quién la va a echar a usted? — preguntó la doncella extrañada—. No será por cierto el señorito John.

Stephanie sonrió al oír a la doncella y le respondió:

—Precisamente por eso me voy. El no me echaría, pero las gentes sí. ¿Crees que puedo seguir en la misma casa donde vive un hombre soltero? ¿Qué dirían todos de mí?

La doncella comprendía lo que quería insinuarle Stephanie, y mientras que las dos mujeres hablaban, llegaron a la casa Lizzie y su novio, que corrieron a saludar a John, diciéndole Huck:

—Vengo a encargarte un par de «manteaux» con abalorios futbolísticos, John.

—Y para mí dos saltos de cama con penallies en el delantero centro—siguió diciendo Lizzie.

Y de esta forma fueron mencionando ropas y vestidos distintos, todos en combinación con el fútbol, hasta que John les gritó:

—Si no os calláis os voy a tener que echar.

—¿Prueba usted los vestidos a las damas, John? — preguntó ella bromeando, sin importarle el tono que John había empleado con ellos.

—Te veo un metro y un acríco — le dijo Huck.

—Callarse de una vez!—gritó desesperado John—. ¿No veis que me ponéis nervioso?

Entonces Huck dejó de bromear y acercándose a su amigo le dijo cariñosamente:

—No pierdas el humorismo, John. Hemos venido porque Lizzie quería conocer tus planes sobre el negocio.

—Pues son muy sencillos—respondió—. Me vuelvo a América.

—¡Imposible!—exclamó Huck.

—¿Por qué? — preguntó el joven extrañado.

—Pues porque usted es ahora Mr. Roberta — terminó diciéndole Lizzie.

—Yo no, Stephanie — respondió a su vez John—. Mi tía no de-

jó testamento, pero siempre decía que esto sería para Stephanie.

—¿Y se lo cede todo a Stephanie? — preguntó asombrada Lizzie.

—Ahora mismo. Es lo que tia Roberta quería.

—¿Y se lo cedes todo... sin condiciones?

—¿Cómo sin condiciones? — preguntó John.

—Lo que quiere decir Huck es que si se lo cede todo... vamos... sin «condiciones».

—Ahora mismo lo vais a ver... Siéntense, que voy a buscar a Stephanie.

Salió en busca de la joven, y cuando la encontró la dijo:

—Andaba buscándola. Quería preguntarle si usted puede explicarme por qué no apareció el testamento que dejó mi tia.

—Su tia no dejó testamento alguno — respondió la muchacha.

—¿Y no cree usted que si lo dejó alguien pudo romperlo?

Stephanie miró altivamente a John y le preguntó:

—¿Insinúa usted que pudiera ser yo quien lo haya roto?

—No he querido decir tanto, pero sí diré que me parece muy raro todo cuanto ha pasado.

El portero al ver que John empezaba a levantar la voz se acercó

a ellos como dándoles a entender que allí estaba él para defender a la joven, y John que lo advirtió le dijo, molesto por su presencia:

—Por muy príncipe ruso que sea usted, aquí mando yo!... Lo que quiere decir que puede salir inmediatamente.

—Le ruego que se calme... Yo le explicaré...

—Yo no necesito ni explicaciones, ni calmarme. Le hablo muy tranquilo y le digo que queda despedido.

—¿Quiere desembarazarse de mí, eh, para que no pueda defender a Stephanie? — exclamó Ladislav.

—Stephanie no necesita que usted la defienda—exclamó John—. Mientras ella esté aquí me basto yo para defenderla y no necesito ayuda de nadie.

Stephanie intervino para evitar que los dos hombres siguieran discutiendo y les dijo:

—Dehieran avergonzarse de disputar así. Vete, Ladislav, por favor. Nos veremos abajo.

El príncipe que actuaba de portero salió de la estancia para esperar a Stephanie en el hall, mientras John, sin darse cuenta de lo que decía, exclamó:

—La nobleza, sea la que sea, me asquea.

—¿No le gusta la nobleza rusa? — preguntó ella tímidamente.

—No — respondió él—. Sea como sea, iba a cederle a usted todo esto.

Ella levantó altivamente la cabeza y le respondió:

—¿Qué magnanimidad, darme lo que no deseo!

—¿No? — preguntó extrañado John.

—Claro que no! — volvió a decir ella—. ¿Quién es usted para hacerme regalos?

John comprendió que había sido algo brusco en su oferta, y tratando de convencer a la joven la dijo:

—No sea usted así, Stephanie.

—Soy como me place — respondió Stephanie, a quien las palabras contra la nobleza de su país de la que ella formaba parte la habían ofendido—. ¡Quédese con el negocio, que yo nada le he pedido!

Trató ella de marcharse, pero John la detuvo diciéndola:

—¡Un momento, Stephanie!... Yo no soy modisto... No sabría seguir el negocio.

Ella se detuvo ante aquellas palabras, y John acercándose a ella le dijo persuasivo:

—Si usted quisiera, quizás podríamos sacarlo adelante a me-

dias... Quiero decir que quizás podríamos ser socios.

—No — respondió ella—. Encárguese usted solo.

—Pero si es que yo no sé nada de esto... Yo me atengo al fútbol, que es mi exclusiva profesión.

—Pues sólo aceptaré con esa condición — le dijo ella —, con que seamos socios.

En esto entró una modista para preguntar a John si podía terminar un traje, y el muchacho se volvió a Stephanie diciéndole:

—¿Puede acabarlo ya?

—Sí — le dijo ella, sin acordarse que no quería intervenir en el negocio—. Téngalo preparado para cuando vengan luego por él. Ya sabe que es una cliente muy exigente y a la que no se puede hacer esperar.

Salió la mujer con el vestido, y al quedar solos los dos muchachos John la dijo:

—¿Ve usted cómo no se puede ir?

—Bueno — terminó diciendo ella—. Acepto la sociedad. Yo, como antes, diseñaré los modelos. Iniciaremos las modas.

John alegremente le ofreció la mano diciéndole:

—¿Socios?

—¡Socios! — exclamó ella sonriendo.



- Me salvó usted
la vida.



Fred Astaire, ensa-
yando el baile
"Roberta"



- ¡Que sorpresa más
encantadora!



- Nosotros somos los
músicos que contrató.



- ¡Ataque mejor
el compás!



Inmediatamente se
pusieron a tocar.



- Su alicia nos hace
un gran honor.



El baile era también
una de sus espe-
cialidades.



- Usted es quien
debe estar aquí.



Toda la belleza de
Stephanie resultaba
con aquella mara-
villosa "tulle".



Lizzie quiso, también
colaborar en la fiesta.



Aquella noche se
presentó más al-
gante que nunca.



- ¡Te adoro!



Una de los modelos
que llamó más
la atención.



La maestría de los
ballarines quedó
plánamente confir-
mado.



Inicio en los primeros
pasos de una danza
maravillosa.

Lizzie y Huck, cansados de esperar el regreso de John, le buscaron por todas partes hasta que por fin dieron con él, y al verlo con Stephanie le dijeron:

—¿Sabes lo que hemos estado pensando?

—¿El qué?—preguntó John.

—Pues que vosotros dos podríais formar sociedad y seguir este negocio.

—¿Eso es lo que habéis pensado? — preguntó riendo John—. Tenéis unas ideas brillantísimas... Os felicito.

—¿Os parece bien?

—Admirable—exclamó John—. Stephanie será una buena socia.

—Y usted, condesa — le dijo riendo Stephanie — será nuestra primera clienta.

—Yo seré la que lance las modas — respondió Lizzie—. Ya veréis qué éxitos vais a tener conmigo.

Y los cuatro amigos, olvidándose de todos los quebraderos de cabeza que hasta entonces habían tenido, empezaron a formar pla-

nes y más planes, viendo cómo iba a prosperar la antigua casa de Mme. Roberta.

—Hay que modernizar todo esto—le dijo John—. Ampliaremos los salones, ofreceremos exposiciones de trajes, traeremos a toda la buena sociedad a nuestra casa y no habrá mujer elegante en París que no se vista aquí.

—¿Y después de eso qué pasará?—preguntó Huck mirando intencionadamente a Stefania.

John, que no quería seguir aquella alusión, respondió:

—Después nuestros nombres se harán famosos en todo el mundo, y la casa de Mme. Roberta seguirá siendo la primera entre todas las casas de modas.

Ladislav, cansado de esperar, subió nuevamente, mas al ver la familiaridad con que hablaban, sonrió tranquilo y salió sin que nadie le viera, pensando que la princesa no tenía necesidad de que nadie le defendiera, porque ya había encontrado el mejor defensor, que era el amor.

VIEJOS AMORES

La sociedad entre John y Stephanie había comenzado bajo los auspicios. El interés que los dos se habían tomado por el negocio se advertía en las ventas y el negocio se mantenía con la misma firmeza, por no decir más que cuando vivía la antigua dueña.

Aquella unión, aquella convivencia diaria había aumentado el afecto que Stephanie sintió desde el primer instante por John y se había convertido en un amor, mucho más grande de lo que ella misma hubiera podido imaginar. Tal vez por el mismo silencio que ella se vela obligada a guardar respecto a sus sentimientos, era mayor la pasión que sentía por el americano.

John por su parte encontraba

encantadora a Stephanie, tenía para ella toda clase de galanterías y se desvivía por atender sus menores caprichos.

Podía decirse que nunca dos socios marcharon de tan perfecto acuerdo como ellos, sin que jamás se suscitase la menor discusión.

Para los dos jóvenes los intereses eran lo de menos, para ello tenía mucho más valor las atenciones que mutuamente se recibían que nada de cuanto pudiera producirles la casa de modas.

Sin embargo, a pesar de aquel desinterés material la casa de modas de Mme. Robert prosperaba a pasos agigantados. Stephanie se superaba a sí misma en la creación de modelos y las modas que lanzaba eran acogidas por todo el

mundo elegante como algo extraordinario y que ella sola era capaz de realizar.

Lizzie y Huck eran los únicos que se habían dado cuenta de que los dos jóvenes se amaban y que tanto el uno como el otro se merecían el cariño que mutuamente se tenían.

—Estos terminarían casándose—le decía en cierta ocasión Lizzie a Huck.

—Claro que sí—respondió Huck.—Ella es una mujer encantadora. Cualquiera, en el caso de John, se lo habría dicho ya.

Lizzie miró casi agresivamente a Huck y le respondió:

—¿Habrias sido tú capaz de enamorarte de ella?

—¿Por qué?—respondió Huck—pero lo que pasa es que yo siempre pensé en otra mujer y no podría enamorarme de nadie más.

Lizzie respiró más tranquila. Sabía que aquella mujer era ella y los pocos celos que habían suscitado las palabras de Huck desaparecieron por completo. Además, tenía plena confianza en Stephanie. Desde que había hecho sociedad con John sentía por ella un cariño de verdadera hermana y se habría pelado con la primera persona que le hubiera hablado mal de la joven rusa.

Pero siempre los viejos amores

suelen traer graves consecuencias y para John las trajo los amores que tuvo con aquella joven americana, que le dejó plantado para ir en busca de un heredero, como decía él.

Sophie Tearle, la muchacha en cuestión, había quedado defraudada con el cambio hecho, el tal heredero no lo era y desde aquel instante en que se convenció que había perdido a sus dos pretendientes no tuvo más idea que la de aprovechar su belleza para encontrar un marido rico.

Al leer la noticia de que John había heredado la casa de modas de su tía, pensó que la ocasión se le había presentado, y recordando el amor que John siempre le tuvo, le dijo a su madre:

—Iremos a París y veré a John.

—¿Crees tú que John te recibirá, después de lo que le hiciste?—preguntó su madre.

—Claro que sí—respondió riendo Sophie.—John es un tonto perdido, está locamente enamorado de mí y hará cuanto yo quiera. ¿No te acuerdas que jamás supo contradecirme?

—Sí, pero ahora, después del tiempo que ha pasado, tal vez haya cambiado.

—John es incapaz de cambiar—respondió riendo y en son de burla Sophie.—Es un patán que nunca

podrá ser elegante. Ya verás qué pronto me lo hago mío.

—Ojalá — replicó su madre —, porque ya puedes figurarte que siendo dueño de la casa de Madame Roberta tendrá una verdadera fortuna.

Y pensando en la fortuna, que ya veía en sus manos, Sophie se acostó aquella noche dispuesta a ir en busca de John y conquistarlo con sus coqueterías.

Pocos días después estaban John y Stephanie en la sala de pruebas, y la joven mostraba a su socio y a sus amigos Lizzie y Huck los nuevos modelos que había creado para la temporada próxima.

En cada vestido se advertía el gusto exquisito de Stephanie, y cada modelo era de una elegancia inigualable. La joven, conforme iban apareciendo los modelos iba dando el nombre del vestido que llevaba, diciéndoles:

—Este modelo es «Petit Trianon».

Luego se volvió a su socio, que estaba junto a ella, y le dijo sonriendo encantadoramente:

—Si alguno no le gusta dígalos con sinceridad.

—Este me parece muy bien — le respondió John.

Apareció una nueva modelo con otro vestido espléndido, y Stephanie les explicó:

—Este es el «Grand Bleu».

—Vaya modelo, para mí — exclamó Huck fijándose en la belleza de la joven que lo llevaba puesto.

Lizzie le miró casi agresivamente y le preguntó:

—¿Aludes al vestido o a la que lo lleva?

Huck se dio cuenta de la tormenta que se avecinaba y se apresuró a contestar:

—No me había fijado en ella; pero ya que lo dices, me quedaría con...

Y ante una nueva mirada de la joven terminó diciendo:

—...Me quedaría con el vestido.

Apareció otra modelo, luciendo un vestido de raso negro, con un gran descote por la espalda. El vestido era una verdadera filigrana, un verdadero primor, y Stephanie les dijo orgullosa de su obra:

—Este modelo se llama «La sirène noir»... ¿Verdad que es muy elegante?

John discrepó de su pensar y le respondió con la sinceridad que siempre se tenían:

—No me agrada... Tiene demasiado descote.

—Podríamos reformarlo — le respondió Stephanie, sin molestarse por lo que le decía John.

—Preferiría descartarlo por completo — le dijo John.

—¿Tan mal está?—preguntó la muchacha.

John hizo un gesto como denotando que si ella quería lo dejaría, en contra de su gusto, y Stephanie, sin la menor molestia, con la encantadora amabilidad que siempre tenía, exclamó:

—Bueno, queda descartado.

Apareció otro nuevo modelo, tan exquisito como el anterior, y Lizzie exclamó al verlo, sin poder contener su admiración:

—Yo me quedaría con este, y pronto me pedirían un enjambre de ricachones apuestos.

—Y yo se lo daría—respondió riendo Stephanie, al ver el juego amoroso que Lizzie traía con Huck.

Cuando terminaron de exhibir todos los modelos Stephanie y John quedaron un momento a solas y éste le dijo amorosamente:

—¿Qué buena es usted, Stephanie!

—¿Por qué?—preguntó sorprendida ella.

—Porque ni siquiera se molestó porque no me gustara el vestido.

—Un buen amigo—le contestó ella con sinceridad—dice siempre lo que piensa.

El la cogió una mano y mirándola apasionadamente a los ojos le replicó:

—Y una buena amiga, ¿cuentaría hoy conmigo?

—Lo siento—respondió ella.

—¿Mañana?—inquirió.

—Tampoco—siguió diciéndole Stephanie—, tengo la noche comprometida con mis compatriotas.

—Entonces la noche que Huck debute en el café «Russe».

—Para entonces, aceptado—le dijo Stephanie, que a duras penas podía contener su alegría.

El tierno idilio que comenzaba a tejerse quedó interrumpido por la llegada de un sirviente, que le dijo a John:

—Una dama desea verle.

—¿Algún periodista?—preguntó John, molesto porque lo interrumpieran en aquel momento.

—Creo que no—respondió el sirviente—. Parece yanqui. Se llama Mis Teale.

—¿Sophie!—exclamó entre extrañado y alegre John—. Que pase a mi despacho.

Salió para recibir a su antigua novia y al encontrarse en el despacho con Huck le dijo alegremente:

—Huck, ¡ha venido!

—¿Quién ha venido?—preguntó el otro, que no sabía quién sería la recién llegada.

—¿Quién quieres que sea?... Sophie.

—¿Sophie!...exclamó alarmado

Huck. Precisamente cuando todo marchaba tan bien.

—Tú no la conoces —replicó John, defendiéndola—. Parece cínica y calculadora, pero en el fondo es una perla.

—Sí, y la perla es una excrecencia de la ostra.

—¿Qué sabes tú de ella?—respondió despectivamente John.

Huck le miró de arriba abajo, como compadeciéndose de su amigo y exclamó:

—Yo sé de ella todo lo que se puede saber.

—Entonces sabrás que es un ángel.

Huck le cogió por las solapas y con unas ganas enormes de darle de bofetadas le respondió:

—John, eres más idiota que ayer... y menos que mañana.

Antes que pudiera responderle John se presentó Sophie. Venía elegantemente vestida, y se advertía que aquel día había cuidado que su tocado realzase lo más posible su provocativa belleza. Al ver a John se acercó sonriente a él y le dijo tendiéndole la mano:

—¿Qué difícil es ver al gran modisto!

—No para ti—respondió John corriendo a ella—. ¿Cuándo llegaste?

—Hoy—contestó la joven—. Lo

primero que he hecho es venir a verte.

John estaba contento; más que contento, alegre. La presencia de Sophie le recordaba tiempos pasados y sentía nacer nuevamente en él una gran simpatía por la joven, simpatía que él traducía en amor. El recuerdo de Stephanie quedó relegado en aquel instante ante Sophie y siguió preguntándole:

—¿Piensas quedarte mucho tiempo?

—Pocos días. El sábado me voy a Suiza con mamá.

Huck se hallaba molesto ante aquella mujer. Como él había dicho, la conocía demasiado para no darse cuenta que lo que pretendía en aquellos momentos era apoderarse de la voluntad de su antiguo novio y de su dinero. Sin poder disimularlo se despidió de ellos, diciéndole a su amigo:

—Adiós, John. Ya veo que hasta el domingo no podré verte.

—¿Por qué?—preguntó sin advertir la ironía con que hablaba Huck.

—Lo digo porque, como dice Sophie que no se va hasta el sábado, pues te tendrá prisionero hasta su marcha... o hasta que ella quiera.

Sophie miró irritada a Huck. Le conocía de años atrás y sabía que era el único hombre que jamás ha-

bría intentado de engañar por lo difícil que resultaba. Huck, a pesar de su aire inocente, conocía a fondo la psicología de las gentes que trataba y era también el que se había dado cuenta siempre de sus intenciones.

John al ver la mirada que le dirigió su antigua novia, trató de disculpar a su amigo y le dijo:

—No le hagas caso... Siempre está de broma.

Dejaron que se fuera Huck y al quedar solos, John, sin poder contener su alegría, se la expresó diciéndola:

—¡Por fin estás aquí!

—¿No te alegras de verme?—le preguntó ella coquetamente, al mismo tiempo que se le acercaba mimosa.

John quiso ser sincero con ella, y hasta con él mismo, y le respondió:

—Sophie, traté de olvidarte, no te lo niego.

La muchacha estaba pendiente de sus palabras. Comprendía que de aquella entrevista dependía su éxito futuro, y al ver que él se detenía sin terminar la frase le preguntó mirándole apasionadamente, para emburujarlo en el hechizo de su mirada:

—¿Y has logrado olvidarme?

—Eso creí—confesó él—, pero ahora veo que no. Te tengo a mi

lado y siento nacer otra vez en mí aquella ilusión que tenía puesta en su amor...

Y admirando toda la belleza de la joven le expresó aquella admiración diciéndole:

—¡Sophie, estás bellísima!

—¡Tú eres un galán irresistible!—le respondió ella—. ¿Me enseñarás París?

John sonrió irónicamente. Se acordó de las últimas palabras que le dijo ella en la última entrevista que tuvieron y le respondió:

—Te aburrirías con un rústico que sólo sabe comer patatas guisadas.

Sophie adoptó un aire compungido. Hasta suspiró lagrimosamente y le respondió:

—¡Olvida aquello, por favor! Te lo dije por despecho, al ver que te alejabas de mí... No quería que te fueses... ¡Te quiero tanto!

—Bara manera la tuya de probármelo.

Ella le echó los brazos al cuello y mirándole felinamente, como quien quiere atravesar con la mirada el pensamiento de otra persona, le preguntó:

—¿No has dicho tú nunca cosas que no sentías?

Y para hacer más real su aflicción, hasta consiguió derramar unas lagrimitas que terminaron

por enternecer a John, que le dijo acariciándola:

—Quizás las digo también... ¡No flores!... Ya sabes que no me gusta verte llorar.

—No puedo remediarlo—exclamó ella—. ¡Soy tan desgraciada!... Vine a París sólo por verte y ahora resulta que ya no me quieres.

John ante la aflicción que él creía sincera de su antigua novia, la abrazó amorosamente, sin darse cuenta de la entrada de Stephanie, y la dijo:

—Te quiero, Sophie, te quiero, tanto como antes.

Stephanie al verlos abrazados sintió que el corazón le saltaba del pecho. Toda la ilusión que había puesto en el amor de John quedaba absolutamente desvanecida en aquel instante. Se daba cuenta de que la antigua novia de su socio volvía nuevamente para arrebatarse un amor que ella ya se creía suyo, y antes que seguir presenciando aquella escena intentó marcharse. Pero al salir se dio cuenta John de su llegada y dejando rápidamente a Sophie llamó a Stephanie para hacer la presentación, diciéndoles:

—Permítame presentarle a Mis Sophie Teale... Mi socia, Stephanie.

Sophie se había dado cuenta inmediatamente de lo que pasaba

interiormente a Stephanie. Era mujer a quien no se le escapaba el menor detalle y comprendió que tendría que luchar contra una rival que no había previsto. Quiso comenzar la lucha desde aquel momento, y para hacerle ver su superioridad social le dijo:

—Me alegro mucho de conocerla... Así me podrá ayudar a elegir un modelo.

—Con mucho gusto—respondió Stephanie.

Y antes que ella se pudiera marchar se despidió de John, diciéndole:

—Me voy, que estarás muy ocupado.

—Te acompañaré—se ofreció inmediatamente John.

—No—le dijo ella sonriendo—. Lo primero es el deber. El miércoles lo pasaremos juntos todo el día.

—¡Magnífico!—exclamó alegremente John—. Esperaré que llegue el miércoles con verdadera ansia.

Stephanie hizo una inclinación de cabeza al salir Sophie y acercándose a John le mostró una pieza de tela que llevaba en las manos y le dijo:

—Si puede, vea estos materiales. John los apartó suavemente y le dijo:

—Dejemos eso ahora... Quiero hablarle de Sophie.

—Es muy atractiva—respondió Stephanie.

—¡Ya lo creo!—exclamó John.

—¡Muy atractiva!... ¿Verdad que es encantadora?

Pero entonces se acordó de que anteriormente se había comprometido con ella para cenar el miércoles por la noche, el mismo día que había prometido también a Sophie, y exclamó:

—Ahora que me acuerdo... ¿No habíamos quedado en cenar juntos el miércoles?

Stephanie, sin poder disimular del todo sus celos, le respondió seriamente:

—¿Ibamos?... ¿Me consta que no!

Y sin querer dar más explicaciones, que pudiera delatar el estado de su ánimo, salió del despacho para volver nuevamente al taller.

LA INFLUENCIA DE UN VESTIDO

Al día siguiente, o sea la víspera de la noche en que Sophie tenía que cenar con John, se presentó por la tarde en casa de Mme. Roberta para la elección del modelo que había de lucir. Stephanie, sin denotar en lo más mínimo sus íntimos sentimientos, la recibió cordialmente, como si se tratara de una cliente conocida y le fué presentando modelos en contra del deseo de Huck, que le había dicho que no le ofreciese ninguno.

Le mostró uno de los más llamativos, diciéndole:

—Este es el «Lás Dore», le sentará admirablemente.

Sophie lo miró detenidamente, y encontrándolo poco llamativo le respondió:

—De no tener cita con John lo

tomaría, pero él querrá verme con algo que realce mi figura.

Stephanie hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y siguió diciéndola:

—John puede ayndaria a elegir. El conoce su figura mucho mejor que yo.

—¡No, por Dios!—exclamó Sophie, sin darse cuenta de la intención de las palabras de la modista.

—Quiero sorprenderle. John es un chiquillo, pese a su aire de hombre de mundo.

—Eso mismo he sospechado yo—exclamó Stephanie, como queriéndole decir que si no fuera tan chiquillo no había caído en la red que ella le tendía—. Voy a buscarle otros modelos.

—Si busca a John, está con su

abogado—le dijo Stephanie al entrar en el obrador donde estaba Huck.

—No—respondióle—. Venía a ver si quería usted almorzar conmigo.

—Imposible—le respondió Stephanie. Tengo mucho trabajo. Estoy buscando algo que realce la figura de Miss Sophie Teale.

—Pues ya tiene trabajo—le respondió Huck.

En esto vió salir el modelo que se titulaba «*Le sirene noir*», que John había desaprobado, y le dijo al jefe del taller.

—Ese modelo quedó descartado.

—Es que M. Albert quiere reformarlo—dijo el jefe.

Huck intervino nuevamente en la conversación y le preguntó a Stephanie:

—¿Está ahí la figura de Sophie?

—Sí, toda ella—le respondió la muchacha—. ¿Va usted a invitarla también a almorzar?

—No—exclamó el músico—voy a atormentarla un poco.

Cuando salió se encontró que una modelo se paseaba ya por la sala de exhibición, y Huck, con la mayor intención posible, la dijo:

—Ese vestido parece que está hecho expresamente para usted.

—¿Lo cree usted así?—preguntó Sophie.

—Sí—respondió Huck—. Esti-

rando las mangas haría de camisa de fuerza.

Sophie le miró indignada y sin reír la gracia le respondió:

—Algún día acabará por decir algún chiste gracioso, pero lo que es éste no tiene gracia alguna.

Huck quiso reconciliarse con ella y le preguntó:

—¿Puedo sentarme a su lado, para ayudarla a elegir?... Ya verá usted cómo entre los dos acertamos.

—Es que quiero algo que John apruebe, algo que resulte sorprendente.

—Sí—repitió Huck al ver que ya había salido Stephanie, y dirigiéndose a ella precisamente—, John le gusta que le sorprendan.

Stephanie le mostró otro elegante modelo y la dijo:

—Puede que este vestido le agrade. Exhala *chic* y refinamiento.

—Basta que sea *chic*—respondió inmodestamente Sophie—. El refinamiento lo suministro yo.

Huck se dió un golpe en la frente, como quien de pronto recuerda algo muy importante, y le dijo a Stephanie:

—¡Ya sé!... Stephanie, aquel vestido que... el negro... Aquel que descartaron... A Miss Teale le gustará.

—Aquél, ya sabe que es imposible—respondió Stephanie.

—Sí, ya sé que es su preferido, pero debe usted mostrárselo a Miss Teale.

Esta cayó en la trampa que le tendía el músico y creyendo que aquel modelo lo reservaba la modista para ella le dijo algo enfadada:

—Si estuviera aquí John me mostraría todos los modelos. Que traigan ese modelo.

—Sí—insistió Huck—que lo traigan al punto. El que esté reservado para quien lo está no es razón para no mostrárselo.

—Gracias, Huck—le dijo Sophie creyendo de buena fe lo que hacía Huck. Este, para mayor convencimiento, le dijo:

—Voy a ir al obrador. A lo mejor dice que no lo tiene ya.

—Sí, sí—insistió Sophie, encajichada ya con aquel modelo que no había visto—, vaya usted y haga que me lo enajenen.

Se fué tras Stephanie y en cuanto entró al otro departamento de la casa la dijo alegremente:

—Vamos por buen camino.

—¿Qué quiere usted decir?—preguntó la joven sorprendida.

—Que ese modelo le gustará y que cuando John la vea la manda a América de un bufido... Ya lo verá.

—No hará tal—respondió con

pena Stephanie—. ¡La quiere mucho!

—Eso es lo que se cree él—la dijo Huck—. Y ahora, una pregunta. Si la quisiese como usted dice, ¿le dolería a usted?

Stephanie no quiso negar la realidad. Sabía que aquel muchacho la quería de verdad, y como un buen amigo que era le confesó:

—Me dolería, Huck; es decir, me duele que la quiera.

Apareció el modelo que tanto intrigaba a Sophie y que John había descartado y la antigua novia de John al verlo exclamó:

—Me gusta... Verdaderamente es elegante.

Stephanie temió porque pudiera enfadarse John si se lo llevaba, y la dijo:

—Este modelo está descartado y no lo confeccionamos para nadie. Huck estaba equivocado al decir que estaba reservado.

—Pues de todas maneras me quedo con él—respondió Sophie, cada vez más segura de que era Stephanie la que no se lo quería dar—. ¿Cuánto es?

—Mil francos nada más—respondió Stephanie—. Pero créame lo que le digo. No le aconsejo que se lo lleve.

Huck vió el interés de la joven por llevárselo, y como sabía además que nada la hacía insistir más

en un deseo suyo que el que la contradijesen, le dijo:

—Tal vez Stephanie tenga razón... No se lo lleve.

Sophie sonrió, y mirando con miseratativamente a Stephanie, la dijo:

—Veo que no es usted muy buena vendedora.

La princesa se sintió molesta por aquel tono que empleaba con ella y decidida a hacerla fracasar, le respondió:

—Tal vez me equivoque, Miss Teale, y este vestido le sienta muy bien. Ahora que me doy cuenta, ese vestido acentuará lo que hay de más atractivo en usted.

Sophie sonrió al ver que al fin había vencido la resistencia de la modista y la dijo con orgullo manifiesto:

—Yo sé de sobras si un vestido me sienta bien o no. No obstante, me lo probaré antes. Se fué al probador, y Huck, al quedar solo con Stephanie, la dijo:

—Esto ha sido un torneo de diplomacia que relaré a mis nietos... Vaya un par de diablesas que se habían ustedes reunido.

—Veremos lo que resulta de todo—exclamó suspirando Stephanie—. Me temo que John se disgustará conmigo.

—Entonces harán ustedes las paces.

—¿Cómo las paces?—preguntó extrañada Stephanie.

—Usted no está enterada del porqué cena con esa individuo?—preguntó Huck—, pues si él se enfada con usted, son ustedes dos los enfadados y hacen las paces.

Stephanie, a pesar de su estado de ánimo, no pudo menos que sonreír ante el chiste de su amigo, y entró al probador para ver qué era lo que por fin decidía Miss Teale acerca de aquel vestido.

—Decididamente, me lo quedo—la dijo Miss Teale—. Quiero que mañana me lo lleven a mi casa. Ya me dirá John de qué forma he de pagarle.

—Será usted servida—respondió Stephanie—. Puede estar tranquila que mañana por la tarde lo tendrá en su poder.

—¡Ah!—siguió diciéndole Miss Teale—. No se olvide de no decirle nada a John, quiero darle la sorpresa mañana noche.

—Puede usted estar tranquila—la dijo finalmente Stephanie.

Salió Sophie de casa de Mamame Roberta con la seguridad de que con aquel vestido sorprendería a John y que seguiría haciendo de él lo que le viniese en gana. Precisamente a la noche siguiente era cuando debía librar la batalla mayor, y si salía victoriosa de ella

podría decir que John era ya completamente suyo.

Y mientras que ella pensaba de esa forma, la pobre Stephanie sufría dolorosamente al verse casi abandonada por el hombre a quien tanto amaba y que no había sabido conocer la bondad de aquel corazón que le pertenecía por completo.

A la noche siguiente, se hallaban en el restaurante donde debutaba Huck, Sophie y John. Los dos estaban sentados ante el mostrador, y Sophie le dijo cuando terminó de beber el primer cock-tail.

—Vamos a cenar en seguida... Estoy desfallecida.

John llamó a Huck que pasaba cerca de ellos y le recomendó:

—Huck, haz el favor de atender a Sophie... Voy a buscar una mesa, mientras tú te tomas un traguito.

Se marchó John y Huck le preguntó a la muchacha.

—¿Se puso el vestido nuevo?

Ella se echó atrás la capa con que se cubría y le dijo mostrándoselo:

—Este es el momento más grande de mi vida. ¿No cree que este vestido me favorece?

—Se lo ha visto puesto John?—le preguntó Huck.

—No, todavía no le ha visto.

—Pues me temo que no a gustarle.

—¿Por qué no?—exclamó ella.

—John aprueba todo cuanto yo me pongo. Estoy segura de que pondrá cara de carnero y dirá... «¡Qué bien te está!»

—Pues me parece que esta vez no lo dirá—exclamó Huck.

—Le apuesto cien dólares a que lo dice—exclamó Sophie molesta, porque pudiera haber alguien que dudara de la influencia que ella ejercía sobre el ánimo de John.

—Apuesto cien francos, que son los que tengo, y acepto la apuesta.

—Aquí están—exclamó Sophie sacando del bolso la cantidad que había dicho Huck.

Llegó John y al ver sobre el mostrador dos billetes de cien francos preguntó:

—¿Qué quiere decir esto?

—No, nada—respondió Huck—. Hemos hecho una apuesta... Sophie tiene algo que preguntarte... Ya verás lo que es.

Sophie se quitó de pronto la capa y mostrando su vestido que dejaba toda la espalda al aire, dio una vuelta ante John que la miraba atónito y le preguntó riendo:

—¿Te gusta? ¿Verdad que es colosal?

—¿A mí me parece una atrocidad!—exclamó John—. Estás horrible!... ¿Quién te lo vendió?

Huck recogió los dos billetes y sin decir palabra se alejó del mos-

trador, para dejar que la bronca fuera entre ellos dos solamente.

—Tu socia—respondió sorprendida Sophie—. Dijo que realza lo que hay de más atractivo en mí.

—Eso dijo, ¿eh?—exclamó John y queriendo moderarse en su actitud continuó—. Perdóname, Sophie, la culpa no es tuya. Devuelve ese vestido.

—No—exclamó Sophie acostumbrada a hacer siempre su voluntad—. Es el modelo más elegante que tienes. ¿Tú qué entiendes de esto? Te pones en ridículo hablando de modas.

John aun tuvo fuerzas para contener su indignación y la respondió:

—Ese vestido lo hice yo retirar de la venta.

—Pero, ¿es que te figuras que entiendes de modas, todo porque te entiendes con tu socia?—le preguntó descaradamente.

—¿Qué es lo que dices?—exclamó John, que a pesar de todo, no podía consentir que nadie ofendiera a Stephanie.

—Lo que oyes—repitió Sophie—. Ya sé que estás enamorado de ella. Lo advertí desde el primer momento en que os ví...

John temía que Sophie le diera el espectáculo en el restaurante. La conocía de otras veces y por lo mismo la propuso:

—Bueno, vámonos de aquí.

—¡Me voy, pero me iré sola!—exclamó Sophie.

John con gran extrañeza por su propia parte advirtió que le daba lo mismo que se fuera o no. Desde que insultó a su socia se sentía alejado de aquella mujer y se daba cuenta de que ya no le interesaba. Por lo mismo, ante la amenaza de Sophie de marcharse sola, respondió tranquilamente:

—Bueno, haz lo que quieras.

La joven inició la marcha y al ver que John no hacía nada que demostrase que la seguía se volvió a él preguntándole:

—¿Consientes en que me vaya sola?

—¿Por qué no?—respondió John—. Y ya que ha llegado el momento, bueno es que me oigas unas cuantas cosas. Nunca más volverás a zaherirme. Toleré tus sarcasmos porque me parecían graciosos y porque me parecía quererte...

—¿Conque te parecía quererte, eh?—preguntó ella extrañada del tono que empleaba John.

—Sí, volvió a decirle John—. ¡Y bien que supiste retirte de aquel amor y de mí.

—Es que para burlarse de ti—exclamó ella, sin poder contener su indignación—no requiere mucho esfuerzo... Y no me vuelvas

con súplicas, que hemos acabado para siempre.

Dió algunos pasos para demostrarle que se marchaba y al ver que él seguía sentado, sin hacerle caso, se acercó de nuevo a él diciéndole:

—¿Me oíste?... Me voy.

—Sí—respondió John—. Creí que ya te habías marchado.

—Bueno, pues adiós.

—Adiós—respondió tranquilamente John.

Sophie al ver que nada conseguía, se dejó llevar por el orgullo que siempre la dominaba, y salió del restaurante.

John entretanto sintió una angustia infinita. No sabía si por la marcha de Sophie o por no tener a su lado a Stephanie. Recordó

las palabras que había dicho su antigua de que desde el primer instante había advertido que estaba enamorado de Stephanie y de que ella le amaba. De otra forma no se comprendía el porqué había hecho que Sophie se quedara con aquel modelo que él había descartado y pensando en ello y para aparta de sí toda preocupación le dijo al camarero:

—Sirveme doce copas de aguardiente.

El camarero le miró un poco extrañado y John le dijo imperativamente:

—¿No me has oído?

—Sí, señor, va en seguida.

Y al poco tiempo tenía sobre el mostrador las doce copas pedidas.

LAS CONSECUENCIAS DE UNA EMBRIAGUEZ

Mientras que John seguía embriagándose tontamente, sin saber por qué, ni por qué motivo, Stephanie había ido a cenar al restaurante, donde solían reunirse todos los aristócratas rusos que habían acudido a París, después de la revolución. Entre los reunidos se hallaban los títulos más brillantes de lo que fué nobleza rusa

y, como es natural, no faltaba tampoco el príncipe Ladislav, o sea el portero de la casa de modas de Mme. Roberta.

Pero entre todos ellos Stephanie volvía a recobrar su preponderancia, volvía a ser la princesa Stephanie y se la admiraba y respetaba como si estuviera en la propia corte donde todos le habían rendido

pleitesia. Cualquiera de los que se hallaban allí no habría dudado un instante en jugarse la vida para defender a la princesa, y ella que sabía el cariño que la tenían no faltaba a ninguna de aquellas reuniones. Además aquella noche necesitaba tener a su lado a gentes amigas, para olvidar, aunque sólo fuese por unos momentos, el gran desengaño de su amor. Precisamente aquella era la noche en la que John la había invitado a cenar, y en la que la había dejado por otra mujer, que estaba segura que no le amaba con la pasión que ella le amaba a él. Y entre sus compatriotas, entre todos aquellos buenos amigos, la princesa se disponía a olvidar un poco su tristeza cantando alguna canción de las de su país. El príncipe Ladislav llamó a los músicos para que acompañaran a la princesa y levantándose les dijo a los reunidos:

—¡Silencio. Su Alteza nos hace un gran honor cantando una canción.

Stephanie se levantó y con voz deliciosa, con voz llena de emoción, empezó una bella romanza, hasta que de pronto se dió cuenta de la llegada de John y del estado en que venía. Por miedo a que pudiera cometer algún error, que podría haberle costado la vida, se apresuró a salir a su encuentro, y

John, por todo saludo, miró a Ladislav, de quien siempre había sentido celos, y exclamó despectivamente:

—¡Cómo presume ese príncipe de segunda mano!

Stephanie, haciendo ver que no había oído lo que decía, le dijo amablemente:

—Gracias por su visita, John.

Pero él, poseído por la embriaguez y sin ser dueño de sus actos, siguió groseramente diciéndole:

—No se dé tono porque está con un príncipe cesante.

Stephanie le miró severamente y le suplicó:

—Retírese, John. Esta noche no está usted en su sano juicio.

—Sí que lo estoy y quiero hablarle—le dijo John—. ¿Por qué vendió aquel vestido? Yo mandé retirarlo. Ha jugado usted una treta infame a una amiga mía.

El príncipe Ladislav, que había salido también, se dió cuenta del estado de embriaguez de John y le dijo:

—Retírese, Mr. Kent.

Este se volvió agresivo y le respondió:

—Usted atégase a sus asuntos y no se mezcle en lo que no le importa—y encarándose de nuevo con Stephanie le preguntó: ¿Qué contesta usted a lo que le he dicho?

—Nada—respondió ella.

—Nada ¿eh?—exclamó John—. Pues yo sí que tengo algo que decir. Tengo que decirle que fué mucha desfachatez decir a Sophie que aquel vestido vulgar y...

Stephanie le atajó de nuevo. No quería tomar en consideración aquellas palabras, puesto que se daba cuenta de que era su estado el que se las hacía decir, y le dijo:

—Por favor... Mañana hablaremos de todo eso.

—No, mañana, no. Quiero desahogarme ahora... ¡Quiero una contestación!

—Pues se la daré—respondió la princesa, cansada ya de tanta contemplación—. Le vendí ese vestido a ella porque le cuadra a maravilla. Y ella le cuadra a usted. Están los dos al mismo nivel... En adelante no cuente conmigo para nada... ¿Quiere detirarse ya?

Y sin esperar a que él lo hiciera le volvió la espalda y se fué nuevamente con sus amigos, aun cuando interiormente no podía contener la pena que la ahogaba, al darse cuenta de que su dignidad no la permitía volver más a casa de Mme. Roberta.

Desde aquella noche Stephanie no puso los pies en casa de Roberta. Parecía como si París se la hubiera tragado. John anduvo bus-

cándola por todas partes y le dijo a Huck.

—Vas a hacerme un gran favor.

Huck sin comprender, ni poder adivinar lo que su amigo iba a decirle, le respondió:

—Lo que tú quieras. Ya sabes que siempre estoy dispuesto a favorecer a los amigos.

—Gracias, Huck—contestó John. —Se trata de que te encargues de mi negocio hasta que yo encuentre a Stephanie.

Huck le miró sorprendido, aunque empezaba a darse cuenta de que algo había ocurrido entre los dos jóvenes y le preguntó:

—Pero, ¿se ha perdido Stephanie?

Si no se ha perdido se ha escondido para que yo no pueda dar con ella.

—¿Qué ha ocurrido para que ella haya de esa forma de ti?—preguntó Huck.

—He sido un imbécil—le confesó John—. ¿Te acuerdas de aquella noche que tenía que cenar con Sophie?

—Sí, aquella misma noche que le gané yo cien francos y que no cenaste con ella.

—Exacto. Pues aquella noche bebí más de la cuenta y fui en busca de Stephanie. Estoy seguro de que llegué incluso a insultarla.

—¿Tú hiciste eso?— preguntó asombrado su amigo.

John bajó la cabeza avergonzado y siguió diciéndole:

—Ella creo que me dijo que no contase más con su colaboración, y no volvió a la casa. Esperé un día y no ha venido; luego la he buscado por todas partes sin encontrarla, y quiero seguir buscándola hasta pedirle perdón y lograr que Stephanie me perdone.

Huck miró a su amigo fijamente y le respondió:

—Ya te dije en cierta ocasión, que cada día eres más imbécil; pero ten seguro de que no podrás serlo nunca tanto como lo has sido en esta ocasión. ¿Tú te das idea de lo que has hecho? Eso ha sido tanto como tirar tu negocio por la ventana.

—Es que a mí me importa poco ahora el negocio—contestó él—. Yo lo que quiero es encontrar a Stephanie, saber qué ha sido de ella, hacerme perdonar, en una palabra. ¿Verdad que me harás el favor de encargarte del negocio hasta que la encuentre? Acuérdate que me lo has prometido.

—Sí, es verdad que te lo he prometido, pero debes tener en cuenta que yo no sé una palabra de modisto.

—Eso no importa—respondió John—. Tampoco yo sé nada

y, sin embargo, soy el dueño y todo el mundo dice que de mi casa salen los modelos más elegantes del mundo.

—Bueno, bueno — respondió Huck—. Me instalaré en tu casa y haré tus veces, mientras dure la busca de Stephanie.

Y tal como lo prometió lo hizo. Se instaló en la casa de Mme. Roberta y empezó a desempeñar las funciones de jefe, aunque, desde luego, sin atreverse a resolver nada.

Ya llevaban tres días Lizzie y él al cargo de la casa, cuando llamó John preguntando si había vuelto Stephanie, y Huck le respondió:

—No ha vuelto y lo que debes hacer es encargarte de tu negocio... Esto no es cosa de juego, John.

—No quiero encargarme del negocio—le respondió a su vez John.—Yo no lo quiero para nada.

—Pero comprende que mi banda me reclama. Ya sabes que esto lo hago por ayudarte de momento... Yo no entiendo de esto.

Lizzie intervino en la conversación que sostenían por teléfono los dos amigos y le dijo a Huck:

—Dile que la banda y las modas se irán a pique si sigues aquí.

—Dice Lizzie—le dijo Huck—que todo se irá a pique si no te encargas de esto.

—Pues déjalo cuando te dé la gana—le respondió John—. Yo no quiero volver ahí, hasta que sepa qué le ha pasado a Stephanie.

Y sin esperar a que su amigo le contestara dejó el auricular y Huck tuvo que seguir al frente de aquel negocio que tan molesto le era.

Poco después entró el encargado del almacén para mostrarle unas telas y le preguntó:

—Ponemos tisú metálico al modelo «después del Crepúsculo» ¿Le parece bien?

—Yo no entiendo de eso—respondió Huck.

—Sin embargo, debe decir qué es lo que más le gusta.

—Yo... yo prefiero lo más sencillo... Siempre he sido amigo de la sencillez. ¿Qué sería más sencillo?

—No hay diferencia alguna.

—Pues entonces use del material que más abundancia haya.

—De todo lo hay muy abundante, señor—respondió el jefe del almacén.

—Pues use un trocito de cada uno... Qué sé yo de elegir telas.

Salió el jefe del almacén sin haber podido conseguir una respuesta definitiva y apenas había salido cuando entró Stephanie. Los dos jóvenes, o sea Lizzie y Huck, al verla corrieron a ella, exclamando alegremente:

—¡Stephanie!... ¡Por fin usted aquí!... ¿Dónde se ha metido?... ¿Por qué ha tardado tanto?... Yo siempre presentí que volvería.

—Pues se equivoca—respondió ella—. Vine únicamente a decir a John que está loco. Fíjense en las declaraciones, suyas que han aparecido en los periódicos.

Huck cogió el trozo de diario que le entregaba Stephanie y leyó su contenido que decía:

«Un conocido modisto se opone al semidesnudismo.»

—¿Cómo ha podido decir esto John?

—No ha sido él quien lo ha dicho—respondió Huck—. Estoy seguro de que esto es obra de Miss Teale para vengarse de él.

—Y John, ¿dónde está?—preguntó Stephanie.

—No está aquí—le respondió Lizzie.

—También se fué—le dijo Huck.

—¿Y quién atiende todo esto?

—¿Quién lo atiende... o quién lo arruina?—exclamó Lizzie.

Huck se encogió de hombros y respondió:

—Alguien tenía que hacerlo y me ha tocado a mí ese papel... No es nada agradable, pero por un amigo se hace todo lo que sea necesario. Usted y John abandonaron el negocio.

—Es que yo creí que él seguiría aquí.

—No sigue, pero aunque siguiese, sería lo mismo—respondió Lizzie—. El sabe aún menos de modas que Huck... Usted, usted es la que debe estar aquí.

Stephanie adquirió un aire de absoluta gravedad y respondió seriamente, como la persona que está decidida a hacer lo que dice:

—¡Eso es imposible!... Quiero mucho a esta casa, pero no puedo continuar en ella.

—Y todo—exclamó Huck—porque John y usted se quieren.

Stephanie sonrió tristemente y respondió:

—¡Qué fantasía la suya! John no me quiere.

—¿Fantasía—exclamó—cuando él no hace más que suspirar por usted? Se pasa el tiempo buscándola por todas partes... Todos sabemos que la quiere, todos menos John y usted.

—John sólo sabe reñir conmigo—replicó tristemente Stephanie.

—¿Y qué más puede usted pedir?—exclamó Lizzie—. ¿Acaso eso no es un síntoma de cariño? Los enamorados de veras se pasan la vida peleando.

—Por ejemplo—continuó diciendo Huck—, Lizzie y yo.

Lizzie al ver que llamaba Lizzie delante de una extraña y que no

seguía manteniendo el incógnito exclamó:

—¿Lizzie?... ¿Y quién es esa Lizzie?

Huck se dio cuenta de la plancha que había hecho y procuró rectificar diciendo:

—Pues... es... una campesina con quien quiero casarme. Una rústica de pies enormes, sumamente simple.

—Pues las más simples son las mejores esposas—replicó Lizzie—. Pero olvidemos a esa rústica. ¿Qué dice usted a todo esto que está pasando?

—¡Vuelva por la memoria de tía Roberta!—le suplicó Huck.

—Lo siento, pero estoy dispuesta a no volver. No quiero saber nada más de John.

—¿Y dejará usted que esto se pierda?

—No se perderá.

—Sí que se perderá. Vuelva usted, por lo que más quiera.

—No puedo—respondió Stephanie, con menos insistencia que antes—. No puedo, me es imposible.

En aquel instante entró la encargada de los talleres y al ver a Stephanie exclamó alegremente:

—¡Qué dicha, señorita Stephanie!, ahora podrá usted decir que le parece este modelo.

—Yo, no—respondió la joven—. Pregúntele a Mr. Huck.

Este cogió el dibujo que traía la joven y mostrándoselo a Stephanie le dijo:

—Estos modelos los discurrí yo. Estoy seguro de que seducirán a los hombres.

—Cosas peores he visto, aunque no mucho—respondió sonriendo la joven.

—Tan mal están, Stephanie?—preguntó asustado Huck.

—Desde luego no gustarán a las mujeres—le dijo Stephanie.

—Tal vez esté usted equivocada—le dijo Huck—. ¿Por qué no han de gustar estos modelos?

—Pues porque Roberta nunca ha confeccionado modelos así.

—Es que Roberta está ahora en mis manos—le dijo Huck.

—Pero ésta es la moda de hace dos temporadas—siguió diciendo Stephanie mientras miraba los modelos—. Esto no se usa ahora.

—Ya lo sé—exclamó Huck—, pero como la moda de hace dos temporadas me agradaba a mí, pues por eso quiero implantarla de nuevo.

Stephanie abandonó los dibujos y exclamó segura de lo que decía:

—Esto no lo comprará nadie. París entero se reirá de usted. Hoy se tiende a evitar estos modelos...

—Pero yo desprecio las tendencias... Me gusta la imparcialidad—le dijo riendo Huck.

Sin embargo—siguió diciéndole Stephanie—yo sé que la semana que viene da usted una fiesta para presentar los modelos ante el gremio... Usted no puede exhibir estos mamarrachos.

—Stephanie tiene razón—intervino Lizzie—. Estos modelos son unos mamarrachos.

—Pero ¿acaso no son bonitos?—preguntó Huck, que cada vez estaba más amoseado.

—Es que no basta con que sean bonitos—le dijo Stephanie—. Vea usted. Esto ajusta precisamente donde no debe.

Lizzie dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo y suspiró con tristeza.

—¿Qué dolor causa ver caer en la ruina a Roberta?

—¿La casa Roberta no decaerá nunca!—exclamó Stephanie—sin acordarse de otra cosa que de defender una casa donde tan feliz había sido.

—¿Quién va a impedirlo?—siguió diciendo Lizzie—. La fiesta de la semana que viene será un fracaso rotundo.

—Llevas razón—le dijo Huck—. Lo mejor sería suspenderla.

—U organizar otra mejor—exclamó Stephanie sintiendo nacer en ella de nuevo toda la ilusión que siempre puso en las fiestas que se dieron en aquella casa.

Huck al verla tan animada le estrechó las manos diciéndole alegremente:

—¡Así se habla! Daremos la fiesta con variedades.

—¿Y tu banda?—le preguntó Lizzie.

—¡Traeré mi banda!

—¡Será una revista de modas musical!—exclamó Lizzie contagiada por el optimismo de los otros.

—Y nosotros bailaremos—le dijo Huck.

—Y usted diseñará los modelos—siguió diciendo Lizzie.

—¡Viva casa Roberta!—exclamó Huck.

Stephanie sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Nunca se había dado cuenta de cuánto quería a aquella casa hasta en aquel momento en que la veía próxima a hundirse. Si eran sus esfuerzos los que hacían falta ella no se los regatearía, pondría en su trabajo toda su inteligencia, y estaba segura de que lograría el éxito más rotundo de cuantos había obtenido hasta la fecha la casa de modas de Mme. Roberta.

UNA FIESTA FASTUOSA

Desde aquel momento, tanto Stephanie como Lizzie y Huck no tuvieron más pensamiento que la de organizar aquella fiesta. Querían que ésta fuese algo extraordinario, que dejara recuerdo en la memoria de cuantos asistieran a ella y empezaron a enviar notas a la prensa anunciándola, al mismo tiempo que Stephanie trabajaba continuamente en los diseños de los modelos. Nunca se había exigido a ella misma tanto como en aquella ocasión. No se conten-

taba con que los modelos gustasen, sino que quería deslumbrar a todos por la elegancia de los mismos y por su chic.

Cada nuevo modelo que se terminaba era una exclamación de admiración de Lizzie que la animaba diciéndola:

—Eso va a ser algo portentoso... Nunca se habrá dado en París una fiesta de modas como la que estamos organizando... Mejor dicho, como la que está usted organizando.

Stephanie sonreía ante las lisonjas de su amiga y le respondía:

—La estamos organizando los tres. Si triunfamos de los tres será el triunfo, y si fracasamos, a los tres nos corresponderá el fracaso.

—¿Quién habla de fracaso?— exclamó Lizzie—. Si hasta nosotros estamos ensayando un nuevo baile para que yo pueda lucir algunos modelos.

—Yo también pienso lucir uno—respondió Stephanie—. Servirá para que cante una canción.

Y en aquella actividad se pasaba el tiempo y ninguno se daba cuenta de él.

No obstante Stephanie siguió en su propósito de abandonar la casa de modas de Mme. Roberta y dejar París. No quería seguir más tiempo en aquella población, y así se lo había hecho saber a sus amigos diciéndoles:

—He aceptado quedarme aquí solamente para que la casa de Madame Roberta no decaiga. No quería que esta fiesta fracasara pudiendo yo hacer algo por ella. Es una deuda que tenía contraída con la casa y quiero cumplirla.

—¿Y por qué no ha de quedarse luego?—le preguntó Huck.

—Porque me marchó de París.

—¿Que se va de París?... ¿Dónde?

—Me voy a Roma—respondió la

joven—. Allí han solicitado mis servicios en una casa de modas y han aceptado todo lo que yo he pedido.

—Pero eso es una locura, Stephanie—le dijo Lizzie—. ¿Por qué se ha de marchar usted a depender de otra persona cuando tiene en su poder el establecimiento más importante de París?

—Se equivoca—respondió Stephanie—. Este establecimiento no es mío. Es absolutamente de John. Era de su tía, ella murió sin testar y justo es que lo herede él. Si yo me avino a quedarme aquí fué solamente con la condición de ser una socia, pero desde el momento que él ha roto la sociedad, yo estoy libre y puedo hacer lo que mejor me parezca.

—Eso es verdad—respondió Lizzie.

—Es verdad, pero no está tan claro como creéis—exclamó Huck.

—Usted también ha faltado, puesto que fué la primera en abandonar la casa.

—Yo la dejé en poder del único dueño.

—El dueño no era uno solo—replicó Huck—. Los dueños eran ustedes dos.

Stephanie comprendió que todo cuando decía Huck era para convencerla de que se quedase y le dijo:

—Comprendo cuál es su intención, Huck, y se la agradezco, porque sé el interés que le mueve. Sé que es usted un buen amigo mío y le correspondo con el mismo afecto, pero por ese mismo cariño que me tiene, le ruego que no insista en una cosa que es un imposible.

—Entonces, ¿decididamente dejará usted París?

—En cuanto termine la fiesta.

—¿Y se marcha usted sola?

—No—respondió ella—. Marcho con el príncipe Ladislaw. Siempre fué un buen amigo mío. Por él vine a París, y desde que salí de mi país no me ha abandonado un momento. El siempre se ha desvelado por mí y justo es que yo no le abandone. Viene a Roma a la misma casa que yo voy.

—John, cuando lo sepa, será capaz de irse a Roma.

Stephanie le miró seriamente y le dijo:

—Recuerde lo que me prometió. Recuerde que me juró de no decir nada a John de mi vuelta a esta casa.

—Se lo prometí y lo cumplo—respondió Huck—. ¿Cree usted que si no lo hubiera cumplido no estaría ya aquí John?

—¿Quiere usted decir que habría venido por mí?

—Desde luego—respondió Liz-

zie—. Ese hombre está loco por usted.

—Son ustedes muy buenos queriendo mantener esta esperanza en mi corazón, pero ya tengo la seguridad de que nada soy para él. Si algo hubiera sido no se habría portado del modo que lo hizo aquella noche.

—Sin embargo, no debe usted ser rencorosa—le dijo Muck—. Los hombres hacemos muchas tonterías y las mujeres juiciosas como usted deben perdonarlas y no dejarnos que las sigamos haciendo.

—Yo le perdono en el mismo instante—exclamó ella—; pero mi dignidad se subleva ante el pensamiento de que pudiera volver a suceder otra cosa igual.

—No lo crea. Estoy seguro de que John a estas horas maldice el momento en que se le ocurrió el ir a buscarla...

—Le queda el consuelo de Sophie—respondió Stephanie.

—Sophie no existe ya en el mundo para él. Desde aquella noche no ha vuelto ya a saber nada de ella. Varias veces le ha telefonado y John no ha querido ni contestarle, hasta que Sophie, cansada y segura de que no podría conquistarlo, se ha marchado de París.

Y por más que Lizzie y Huck insistieron para que se quedara no consiguieron de ella nada. Ste-

phanie estaba decidida a marchar y su decisión era irrevocable. Por nada del mundo quería permanecer en París, en aquella ciudad donde tanto había sufrido, donde tan feliz había sido y en la que por primera vez conoció la dulzura de un único amor de su vida y su desengaño.

Dos días antes de la fiesta se repartieron las invitaciones que decían:

ROBERTA — tiene el honor de invitar a usted a la revista que se celebrará en su salón el martes, diez de septiembre, a las nueve de la noche, en la Avenida Montaigne.

En el mundo elegante el anuncio de aquella fiesta fué uno de los acontecimientos más comentados. Se buscaban las recomendaciones por todas partes para poder obtener una de aquellas invitaciones y se presentaba que todo cuanto representaba algo de gran importancia en París se reuniría aquella noche en casa de Mme. Roberta.

En los lugares aristocráticos de reunión, era tema obligado el hablar de la próxima fiesta de Madame Roberta, los diarios hacían o diario comentarios sobre la importancia que aquel año tendría la presentación de los modelos y dentro del gremio existía una verda-

dera expectación por conocer las novedades que Mme. Roberta lanzaría aquel año.

Puede decirse que todos los asuntos quedaron relegados ante la importancia de la fiesta anunciada y a medida que se acercaba el momento era mayor la expectación reinante en París.

Un día los periódicos profesionales daban cuenta de la hora, otro de las personas que habían sido invitadas, otro de los nombres de los modelos que serían presentados, seguían informando también de la orquesta que actuaría, de la actuación de los bailarines Huck y de la condesa y en fin cada detalle por nimio que fuese era bastante para llenar una columna del diario y darle una publicidad como jamás se había visto.

Claro está que todo esto lo sabía John. No podía pasar desapercibido para él y quiso saber de qué se trataba, para lo cual llamó a Huck y le dijo:

—¿Qué fiesta es la que estáis organizando? Me parece que estáis dando una publicidad excesiva al fracaso.

—¿Al fracaso?—exclamó Huck.—En la vida se habrá visto una fiesta como la nuestra. ¿Acaso te crees que yo no sé llevar una casa de modas? Ya verás, ya verás el éxito que voy a tener.

John se le quedó mirando, extrañado de que a Huck se le hubiera podido ocurrir nada extraordinario, y al fin le confesó su extrañeza diciéndole:

—Pero ¿cómo es posible que tú puedas organizar una gran fiesta de modas?

Huck se dió un golpe en la frente y le respondió:

—Es que aquí hay encerrado mucho talento.

—No lo creo—respondió John—. Debe haber algo oculto.

Y después de un corto silencio exclamó:

—¡Ya lo sé!

—¿Qué es lo que sabes?

—¡No me cabe duda de que Stephanie está con vosotros!

—No digas tonterías—replicó Huck—. ¿Sabes que se oculta y tú crees que va a venir precisamente a casa de Mme. Roberta para encontrarse contigo. Eres igual de idiota que antes, John.

—Pues yo he de averiguar lo que haya de verdad.

—Pues si quieres averiguarlo tienes un medio.

—¿Cuál?—preguntó John.

—El de no aparecer por la casa hasta la noche de la fiesta. Solamente entonces te permito entrar.

—¿Me prometes que no está con vosotros Roberta?—le preguntó John.

—Solamente te digo que hagas el favor de no hacer ninguna tontería y dejarme a mí arreglar tu negocio. ¿No me has nombrado encargado de él? Pues deja que cumpla con mi obligación.

Mal que le pesase, John tuvo que avenirse al deseo de Huck y esperar que llegase la noche de la fiesta para poder asistir a ella. Durante las horas que faltaron hasta aquel momento John no hacía más que pensar en los medios de los cuales se habría valido su amigo para organizarla, hasta que finalmente pensó que todo ello no era más que propaganda y que la fiesta sería un fracaso.

¿Acaso no sabía él cómo las gustaba Huck? ¿No le había visto muchas veces hacer la propaganda de su banda, diciendo que era la mejor orquesta que había en el mundo? Todo cuanto hiciera Huck no debía cogerle desprevenido y por lo que pudiera pasar y para evitar hacer el ridículo pensó ir a su casa, pero procurando que nadie le viese.

Antes de la hora señalada para dar comienzo la fiesta, el enorme salón de exhibiciones de Mme. Roberta estaba atestado de público. Entre la concurrencia se veía a todas las damas elegantes de París, a todas aquellas mujeres que lanzaban las modas atrevidas y de

quienes luego iban copiando las demás.

En otros grupos se veían damas de la aristocracia y los caballeros conversaban con ellas, opinando sobre qué debería ser aquella fiesta.

Por fin comenzó el desfile de maniqués, al son de la orquesta dirigida por Huck. Cada nuevo modelo iba acompañado de una música diferente y cada nuevo vestido producía en los concurrentes una exclamación de admiración. Las ovaciones se sucedían al presentarse cada modelo, y Elephanie se sentía orgullosa de haber sido ella la creadora de todo aquello que tanto entusiasmo despertaba.

Por fin llegó John y cautelosamente se colocó detrás de una mesa en la que había varias damas rusas que habían sido invitadas por la princesa Stephanie y oyó decir a una de ellas:

—La princesa Stephanie está bellísima... ¡Lástima que ella y el príncipe se vayan de París...

John sintió como si recibiera un golpe tremendo en el corazón. Una oleada de sangre le subió al rostro, y en sus oídos sonaron aquellas palabras como debe sonar en el reo el oír su sentencia de muerte.

Tuvo la seguridad de que Stephanie se había casado con el

príncipe y que nunca más podría recuperar aquel amor que tan tontamente había perdido.

Inconscientemente se fijó en el desfile de los demás modelos, pero siempre teniendo presente en su imaginación aquella conversación que tan casualmente había sorprendido.

Huck y Lizzie bailaron un baile que fué muy aplaudido y que sirvió para exhibir un elegante vestido de noche, y a continuación el mismo Huck llamó la atención del público diciéndole:

—Señoras y señores. Ahora van ustedes a ver el modelo más elegante de la casa Mme. Robertia.

Empezó la música a tocar una especie de vals y apareció Stephanie toda vestida de blanco con un magnífico abrigo del mismo color de piel.

Toda la exquisita belleza de la princesa resaltaba esplendorosamente con aquella «toilette». Al verla no podía uno creer que fuera un ser humano; parecía como una aparición celestial, y esto mismo fué lo que le pareció a John cuando la vió.

La joven al mirar hacia el público vió entre él a John y le sonrió encantadoramente. Era feliz en aquel instante con el triunfo obtenido y se hallaba dispuesta a perdonar a John. Este por su par-

te al ver que le sonreía le devolvió la sonrisa, y Stefanie cantando aquella bella canción rusa, que cantó la noche en que John fué a buscarla, llegó hasta el centro del salón, dió unas vueltas por él para que pudieran admirar de cerca el modelo y nuevamente se retiró a sus habitaciones para cambiarse de ropa y marchar hacia Roma, tal y como lo tenía pensado.

Huck y Lizzie bailaron un nuevo baile; fué un éxito enorme de los dos bailarines, y cuando se retiraron ella se dejó caer sobre un sillón diciéndole:

—La fiesta ha resultado magnífica.

—Resultó bien, ¿eh? — exclamó alegremente Huck.

—Has sido un genio en esta ocasión — volvió a decirle Lizzie—. Pero estoy viendo que tendré que pedirte a ti.

—Es que... yo no te pedí nada — le respondió vanidosamente Huck.

—Pero ¿no dijiste que te querías casar conmigo?

—Sí... «Querías».

—Pues te acepto — respondió Lizzie.

—Pues muchas gracias — respondió dándose tono Huck, a lo que ella contestó, arrojándose a sus brazos:

—No hay de qué, mi vanidoso amigo.

Y mientras ellos permanecían abrazados y el público se marchaba, John tomó el ascensor para subir y buscar a Stephanie. Quería por lo menos despedirse de ella sin que perdurara en el recuerdo de la joven la mala impresión que debió dejarla su última entrevista.

Pero lo mismo que le pasó el primer día que usó aquel ascensor, en esta ocasión se quedó parado entre dos pisos, precisamente cuando ya estaba a punto de llegar a donde Stephanie tenía instaladas sus habitaciones. Al ver que ni subía ni bajaba y temiendo que la joven pudiera marcharse sin verla comenzó a gritar:

—¡Eh!... ¿Quién hace funcionar esto?

Sus gritos llegaron a oído de Stephanie que salía en aquel momento con sus maletas de viaje, y al ver a John en aquella situación le dijo, sin dejarle salir:

—Cierre las puertas y estése quieto.

John hizo lo que le ordenaba, y al cabo de unos segundos se hallaba fuera del ascensor y junto a Stephanie.

—¿Se marcha usted?—preguntó John tristemente.

—Sí—le dijo ella—. Me marchó.

a Roma con el príncipe.

—¡Stephanie! — le preguntó John—. ¿Se siente usted feliz de verdad?

El se refería al matrimonio que creía que se había realizado, y ella creyendo que la pregunta la hacía porque él había vuelto, le respondió:

—Sí, John, tremendamente feliz.

—Entonces — respondió el joven con infinita tristeza — yo también.

Y al ver Stephanie que no le decía nada más, que no le decía que la amaba, que era lo que ella esperaba, le preguntó:

—¿No tiene nada más que decirme?

—Nada — respondió John con igual tristeza—. Que sea muy dichosa... Adiós. Yo salgo mañana para Nueva York.

Stephanie ya se había metido en el ascensor para bajar, y al ver la cara de John advirtió que algo raro le ocurría y le preguntó:

—¿Qué le pasa a usted? Tiene usted cara de mártir incomprendido? Diga lo que tiene.

—Nada — volvió a decirle él—. Celebro infinito que se haya casado usted con un príncipe.

Entonces fué cuando Stephanie comprendió toda la verdad, y sin-

tiéndose feliz intensamente le respondió:

—Soy princesa de nacimiento, y no me he casado con Ladislav... El es mi primo y usted un terranova obtuso.

Dió un portazo al ascensor y empezó a descender mientras que John loco de alegría bajaba por la escalera diciéndole:

—¿A dónde vas?

—Abajo—le gritó ella.

—Quiero hablarte—le gritó él siguiéndola a todo correr.

Ya lo notó—respondió ella.

—Quiero decirte que te adoro, Stephanie.

Ella se echó a reír y le respondió:

—Ya lo advertí.

—Te amo—le dijo él.

Ella le contestó en ruso, cuando ya los dos habían llegado al piso bajo, y John le preguntó:

—¿Qué es lo que me has dicho?

—Pues... que yo también te amo.

Y por la misma reja del ascensor, sin esperar a que la joven pudiera salir, John le dió el primer beso, aquel beso que era para los dos el preludio de una felicidad eterna y duradera tanto como lo era el amor, que desde el primer instante había nacido en sus corazones.

Las maravillas de la temporada

EN

Ediciones **BIBLIOTECA FILMS**

Los mejores títulos

Los mejores artistas

LAS MEJORES MARCAS

La mejor literatura

La mejor presentación

PRÓXIMO NÚMERO:

ACONTECIMIENTO!!

Noche nupcial

Novela dramática, sentimental de considerable interés humano, asunto delicado y amoroso por la simpática pareja

Ann Sten y Gary Cooper

Superproducción Artistas Asociados

EN PRENDA:

Otro grandioso acontecimiento

Los últimos días de Pompeya

Sublime novela donde se relata el esplendor, el paganismo de la civilización pompeyana, la belleza voluptuosa de las mujeres y la impresionante destrucción de la maravillosa «POMPEYA» por torrentes de lava, las refinadas orgías, algo en fin, majestuoso y sugestivo.

Preston Foxster - Helen Mack - Alan Hale

Producción Gigante de **RADIO FILMS**

EN BREVE...

Las mejores producciones nacionales y filmadas en español

EL GATO MONTÉS

Superproducción M. de Miguel

NOCHES DE BUENOS AIRES

E. I. F. E. S. H

ALAS SOBRE EL CHACO

Universal

Producciones extranjeras

QUIEREME SIEMPRE

Superproducción Columbia

Ediciones Biblioteca Films

Artísticas e incomparables portadas e ilustraciones
LITERATURA SELECTA :: UNA PESETA TOMO

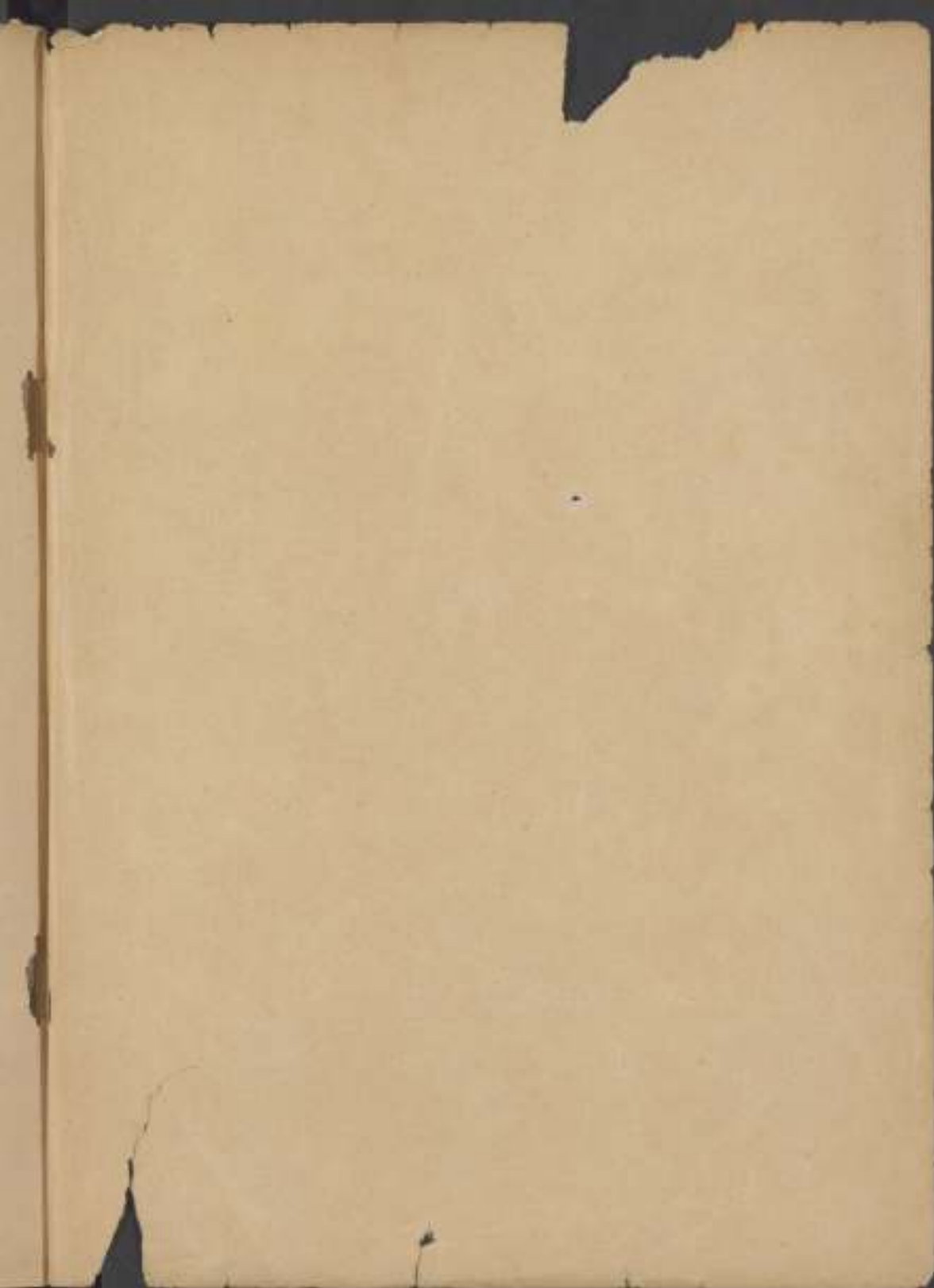
Producciones extranjeras

LAS CUATRO HERMANITAS	Katharine Hepburn
ELIOPATRA	Claudette Colbert
LA BATALLA	Annabella-Charles Boyer
PASO A LA JUVENTUD	Martha Rayner-L. Kiepura
LOS MISERABLES	Fiorelle-Harry Baur
LA PRINCESA DE LA ZARDA	Martha Egger
VOLGA EN LLANAS	Albert Prigman
CAPRICHO IMPERIAL	Marlene Dietrich
NO SOY NINGUN ANGEL	Nee West
EL ÚLTIMO VALS DE CHOPIN	Arabella Schmitz
DICK TURPIN	Yvonne MacLellan
ENEMIGO PÚBLICO NUM. 1	Clark Gable-Myrna Loy
EL REO DEL CARNIVAL	Ivan Mosjoukine
TRAGICA ATRACCION	Harry Barr
JOHO	Brigitte Helm
BOLERO	George Raft-G. Lombard
EL LAGO DE LAS DAMAS	Roscoe Areen
LA CASA DE ROTHSCHILD	George Arliss-L. Young
NOCHES MOSCOVITAS	Annabella-Harry Baur
EL PEQUEÑO REY	Robert Lydon
CAMPIONES OLIMPICOS	Guider Grubbe
UN SIGLO EN SENSACIONAL	Dorothea Wyle-Baby Le
SU MAYOR EXITO	Martha Rayner (Buy
QUE HAY, NULLEY	Paul Mori
EL BURLADOR DE FLORENCIA	Fredrick March
UNA FIESTA EN HOLLYWOOD	Laurel-Hardy
UN AMOR EN ESPAÑA	Brigitte Helm
LA MUERTE DE VACACIONES	Fredrick March
DIVINA	Sila Astor
CASINO DEL MAR	Cary Grant
LA MUJA DE XAHE	Ann Harding
EL VIAJERO SOLITARIO	Louise Harrington
GLORIA DE UN DIA	Katharine Hepburn
LA NOVIA DE FRANKENSTEIN	Boris Karloff
EL JOY SOLDADO	E. Jannings
ENTRISTAMENTE CONFIDENCIAL	Warner Baxter
QUE NEGROS	Samuel Simon
LA ALICIA DIVULGIADA	Ginger Rogers-F. Astaire
UNA NOCHE DE AMOR	Neen Moore
LA VIUDA ALEGRE	N. Chevalier-L. Mac-Da-
EL CABALLERO DEL POLIS BERGERE	M. Chevalier (sald
CONTRA EL IMPERIO DEL CRIMEN	James Cagney
COBAYAS ROTAS	Katharine Hepburn
LA TELA DE ARANA	William Powell
LA DOSA DEL FUEGO	Helen Conners
PASAPORTE A LA FAMA	Edward G. Robinson
EL LOBO HUMANO	Henry Hull
ROBERTA	Irma Duns
NOCHE NUPCIAL	Ann-Mari-Gary Cooper
QUIEREME SIEMPRE	Grace Moore
LOS ULTIMOS DIAS DE POMPEYA	Panton Foster-H. Mach

PEDIDOS A

EDITORIAL «ALAS». - Apartado 707. - BARCELONA

Servicio número de tellos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Reciben cinco centimos para el certificado. Envío gratis.



EDITORIAL



UNA peseta